

PUNTO

ROJO



EXTRAÑA PROFESION

clark carrados



EXTRAÑA PROFESIÓN

CLARK CARRADOS

EXTRAÑA PROFESIÓN

Colección PUNTO ROJO n.º 94

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 28.002 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: FEBRERO - 1964

© CLARK CARRADOS - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

812 — Trampa mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

704 — Volcán sin fuego.

En Colección BUFALO:

515 — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:

376 — Asesino y traidor.

En Colección COLORADO:

311 — Trampa sin salida.

En Colección KANSAS:

246 — La herradura mellada.

En Colección BRAVO OESTE:

155 — Valle feliz.

En Colección PUNTO ROJO:

90. — Asalto a las nubes.

En Colección SALVAJE TEXAS:

390 — De través sobre el caballo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

70 — Secuestro.

EXTRAÑA profesión

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

«¡EL MINISTRO DEL INTERIOR DENIEGA EL
INDULTO! ¡¡THOMAS JACKLES SERA EJECUTADO EN
LA MADRUGADA DEL PROXIMO JUEVES!!»

Convicto y confeso de homicidio en primer grado, cometido en la persona de Clarissa Bennett, Thomas Jackles fue sentenciado a la última pena por la sala 4.^a del Old Bailey. El ministro del Interior, ante quien se presentó el oportuno recurso de gracia, a la vista de los antecedentes que concurren en el reo, estimó pertinente denegar la petición presentada por la defensa. En consecuencia, Jackles será ahorcado en la sala de ejecuciones de la prisión de Pentonville...

Penélope Shatton no se entretuvo demasiado en la lectura de las informaciones sobre la próxima ejecución de Jackles. Penélope tenía otro problema muy diferente y, para ella, mucho más acuciante: la escasez de dinero y la precisión de encontrar cuanto antes un empleo decente y remunerador.

Penélope Shatton tenía veintisiete años y hacía seis meses escasos que había perdido a su marido, quien había muerto después de una larga y dolorosa enfermedad que había agotado todos los recursos del matrimonio. Después de la muerte de su esposo, Penélope había encontrado distintos trabajos, pero había tenido que abandonarlos todos sucesivamente; unos, por demasiado fatigosos y poco productivos; y otros, los más, por evitar los manoseos del dueño, gerente o apoderado de la empresa, cualquiera de los cuales se habían creído siempre con derecho a obtener de Penélope algo

más de lo que señalaba el contrato de trabajo. La culpa, por supuesto, no era de Penélope, sino de sus hermosos ojos grises y su esbelta figura. Y de su viudez, claro; el dueño, gerente o apoderado de las empresas en que se había colocado sucesivamente después de la muerte de su esposo, se habían creído en el humanitario deber de consolar a la atribulada joven, cosa que ella había rechazado siempre de plano. En consecuencia, una vez más, en el corto plazo de seis meses, se encontraba sin ocupación.

Lanzando un suspiro, dejó a un lado las escandalosas informaciones sobre la próxima ejecución del condenado y buscó las páginas de anuncios del *Mirror*.

El personaje que estaba sentado detrás de la mesa de despacho miró con cierta curiosidad al individuo que había entrado momentos antes.

—Le advierto, *Mr. Bennett* —dijo—, que no será un trabajo fácil. Piénselo bien antes de tomar una decisión, porque después de que acepte le costará mucho volverse atrás... si es que se lo permitimos.

—Está decidido ya, señor —respondió *Mr. Bennett*—. Deseo ese trabajo. Y le prometo realizarlo con toda puntualidad.

El personaje hojeó unos documentos que tenía ante sí.

—Muy bien —dijo—. No tengo el menor inconveniente en aceptarle. Sus antecedentes son magníficos. No digo que espero que el trabajo le agrade, sino que deseo que lo haga lo mejor posible. Lo único que me preocupa es su falta de práctica, *Mr. Bennett*.

—Puede estar seguro de que no fallaré, señor. —La expresión de *Mr. Bennett* estaba llena de ansiedad—. Entonces, ¿me concede el empleo?

—Por supuesto. Es suyo, *Mr. Bennett*. Ah, y a propósito, me gustaría hacerle algunas advertencias.

—Sí, señor —contestó *Mr. Bennett* mansamente.

—Deberá llevar una vida discreta y retirada. Ya sabe usted, nada de ostentación, poca relación con el vecindario, la mínima para no parecer un ente antisocial, ¿me comprende?

—Desde luego, señor.

—¿Dónde vive usted, *Mr. Bennett*?

Mr. Bennett se lo dijo. El personaje juntó las yemas de los dedos.

—Conozco el lugar. Tranquilo, retirado y apacible.

Sí, es un buen sitio para vivir. ¿Es usted aficionado a la bebida?

—Alguna cerveza de vez en cuando, señor.

—Eso está muy bien, *Mr. Bennett*. Usted ya sabe lo peligroso que es el alcohol. Desata las lenguas y..., en fin, no es necesario que le explique a usted los riesgos que entraña el abuso de la bebida.

—Le entiendo perfectamente, señor.

—Y la última advertencia: convendría que cambiase usted de nombre. Lo digo por su propia seguridad, ¿me comprende? A menos que le conozcan ya en la vecindad por su nombre actual.

—No, señor —contestó *Mr. Bennett*—; precisamente, hoy mismo me he mudado a la dirección que le indiqué momentos antes.

—¡Espléndido! —aprobó el personaje—. Es usted el hombre que necesitábamos, *Mr. Bennett*.

El detective inspector Al Yarrick, de Scotland Yard, estaba leyendo el periódico, en cuya primera página figuraban las últimas informaciones con respecto al caso de Jackles, cuando sintió en su hombro el peso de una mano.

Levantó la vista. Era el sargento de detectives Martin Payne, buen amigo suyo y activo colaborador en el C.I.D.^[1]

—Hola, Martin. —Al sonreír, enseñó una brillante dentadura que contrastaba singularmente con el tono atezado de su rostro. Con su cabello negro y sus ojos oscuros, Yarrick no daba en modo alguno la sensación de ser un inglés típico. Su elevada figura, la regularidad de sus facciones y sus treinta y pocos años eran causa de que las mujeres volvieran la cabeza para mirarle cuando transitaba por la calle—. Siéntate conmigo y tomaremos una jarra de cerveza juntos. ¿O estás de servicio?

—En absoluto —contestó Payne—. No sólo no estoy de servicio, sino que, además, te juego el importe de la cerveza a los dardos. ¿Qué estás leyendo, Al?

Yarrick volvió el periódico para que su colega pudiera leer los gruesos titulares del *Mirror*.

—Ah, se trata de Jackles. Un mal bicho, si los hay. Inglaterra descansará cuando el verdugo tire de la palanca.

—¿Qué verdugo? —exclamó Yarrick—. El anterior se jubiló hace pocas semanas y, que yo sepa, hasta ahora no se ha cubierto la plaza.

—¡Es verdad! —dijo Payne—. El superintendente de las Prisiones se va a ver en un verdadero aprieto. Si no encuentra un

sustituto, la ejecución no podría llevarse a cabo.

Yarrick dobló el periódico.

—Vamos a jugarlos la cerveza, Martin. Ése no es problema nuestro. Nosotros ya lo tuvimos con Jackles.

Se acercó al mostrador y pidió los dardos.

—Lo tuviste tú, Al —dijo Payne—. Tú fuiste quien detuvo a Jackles y presentó las pruebas ante el tribunal de Old Hailey.

Yarrick lanzó su primer dardo y ganó siete puntos.

—Sí, fue un caso un poco enredado —convino.

Payne tiró a su vez. Sacó un cinco y lanzó un gruñido de descontento.

—¿Asistirás a la ejecución, Al? —preguntó.

La siguiente tirada de Yarrick dio como resultado la obtención de un ocho.

—No me gustaría —dijo, viendo cómo el dardo de Payne se clavaba en el círculo señalado con el número nueve.

—El jefe te hará ir. Es la costumbre en estos casos, Al.

—Lo sé —murmuró Yarrick. Era la costumbre, pero a él le hacía poca gracia ver cómo ahorcaban a un tipo. Se puso nervioso y su dardo se clavó en el círculo marcado con un tres.

—Bueno, piensa en que Jackles merecía morir cien veces más, Al —dijo Payne, sacando un seis.

—No es eso lo que me preocupa del todo, Martin.

—¿Entonces...?

—En la muerte de *Mrs. Bennett* hubo, además, otro cómplice. No hemos podido dar con él y escapará a la acción de la justicia.

—Quizá Bennett hable antes de morir, cuando vea que ya no tiene remedio la cosa —sugirió Payne.

—¡Hum! —Yarrick volvió a tirar y sacó un nueve—. Es un sujeto muy duro, demasiado duro para no ser un profesional. No dirá nada, Martin.

Payne sacó un siete.

—¿Quién sabe, Al? Cuando uno ve que el verdugo le mira el cuello para calcular la anchura del lazo, la resistencia moral empieza a abandonarle. Hablará, Al, te lo aseguro.

Yarrick emitió un profundo suspiro y se dispuso a lanzar el último dardo de la serie.

—Ojalá fuese como dices, Martin. —El dardo hizo diana. Payne

lanzó un bufido de descontento.

—Cualquiera diría que lo has tirado contra ése cómplice desconocido de Jackles, Al. Bueno —se resignó—, está visto que no hay modo de ganarte una cerveza a los dardos. ¿Es por tu puntería o por tu cargo, por lo que estoy obligado a pagar el gasto? —Se echó a reír y pegó una palmada en las anchas espaldas de su amigo—. Anda, vamos a tomarnos esa cerveza. Celebraremos por anticipado la detención y condena del cómplice de Jackles.

—Eres demasiado optimista, Martin —rió Yarrick, acercándose al mostrador.

CAPÍTULO II

Mr. Bennett estaba muy enojado con la justicia inglesa. Jackles, el asesino de su esposa, iba a ser ejecutado. Pero Jackles no había sido solamente el autor del crimen, sino que lo había realizado en compañía de un cómplice, cuyo cómplice no sólo había sido detenido, sido exonerado después de un detenido interrogatorio.

Aun así, la detención del cómplice se había debido a un anónimo que *Mr. Bennett* había enviado a Scotland Yard. El organismo policíaco había practicado una minuciosa investigación, de la cual había deducido que el supuesto cómplice de Jackles poseía una sólida e indestructible coartada. En consecuencia, el cómplice andaba libre y suelto por la calle. Incluso aunque Jackles llegase a delatarle en sus últimos momentos, la coartada le protegía lo suficiente para no temer nada de tal delación. Y el pensamiento de que el otro asesino continuaría en libertad para siempre, ponía fuera de sí a *míster Bennett*.

Por otra parte, *Mr. Bennett* se enfrentaba con un serio problema. Había aceptado un trabajo y carecía de práctica. Hacía ya algunos días que pensaba si se atrevería a llevar a cabo el trabajo, no porque éste le asustase demasiado, sino porque nunca lo había realizado con anterioridad. Efectividad, le faltaba práctica.

De repente, *Mr. Bennett* concibió una idea. A pesar de sus moderados ademanes, se pegó una palmada en la frente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Claro que aquél era el mejor medio de adquirir práctica! Y, además, *Clarissa* quedaría vengada por completo. ¡Qué lástima no haberlo pensado antes! Pero todavía era tiempo de enmendar el error causado por aquella omisión.

Aquella tarde, *Mr. Bennett* estuvo haciendo diversas compras. Cuando llegó a su casa, estaba a punto de anochecer.

Entró los paquetes y los dejó sobre un sillón del vestíbulo. Encendió la luz y se encaminó hacia la cocina.

La casa era muy antigua y la cocina, por tanto, estaba construida según las normas arquitectónicas de siglo y medio antes, capaz para elaborar la comida da un regimiento de *Higlanders*, quienes, según la tradición, son los soldados más comedores del Ejército de S. M., la Reina.

El techo de la cocina estaba formado por grandes vigas de teca, la madera indestructible con la que antiguamente se construían los grandes barcos de vela. Aún hoy se la emplea para el mobiliario caro y la construcción de los yates de recreo.

En uno de los ángulos y cubierta por una alfombra de estera, había una gran trampa que conducía a un sótano situado bajo la cocina. *Mr.* Bennett apartó la estera y levantó la trampa. Al lado, en la pared, estaba el interruptor de la corriente que encendía la bombilla del sótano.

Mr. Bennett volvió al vestíbulo y trajo los paquetes que contenían sus compras. Poniéndose en mangas de camisa, sacó una larga barra de hierro y emprendió el descenso al sótano. El sótano era espacioso y se hallaba vacío. *Mr.* Bennett había juzgado oportuno deshacerse de los trastos viejos que encontró en el mismo cuando alquiló la casa.

El silencio era absoluto en el interior del sótano.

Aguzando el oído, *Mr.* Bennett pudo escuchar, sin embargo, un sordo rumor que parecía brotar de las entrañas de la tierra. Se arrodilló unos momentos y estuvo tanteando el suelo hasta encontrar lo que buscaba. A partir de aquel instante, empezó a trabajar activamente con la barra de hierro que había cogido.

Dos horas más tarde, había conseguido apartar parcialmente a un lado una gran losa de piedra de un metro de lado por sesenta centímetros de ancho y más de diez de grueso. Un olor mefítico salió inmediatamente del orificio abierto. La luz que proyectaba la lámpara del sótano alumbró, aunque con dificultad, una rápida corriente de agua negruzca y pestilente. *Mr.* Bennett sonrió complacido al escuchar el rumor de la corriente.

Dejó la barra a un lado y trepó por la escalera, subiendo a la cocina. Cerró la trampa y se preparó algo de cena, pues estaba hambriento y casi desfallecido. Al terminar y tras una buena taza de

té, lavó y secó metódicamente los cacharros utilizados en la cena.

Luego siguió trabajando, inmune al cansancio y al sueño. El día entraba ya por las ventanas, cuando *míster Bennett*, finalmente, dio por concluida su labor. Entonces se lavó, tomó un sólido desayuno y con la conciencia completamente tranquila, se acostó.

Estuvo durmiendo durante casi todo el día, hasta las cuatro de la tarde, aproximadamente. Al despertar, se vistió y aseó y se preparó un poco de comida. Como en las anteriores ocasiones, *Mr. Bennett* dejó una cocina inmaculadamente limpia.

Antes de salir de su casa, *Mr. Bennett* dirigió una mirada en torno suyo. Todo estaba en orden. Ahora ya podía empezar a trabajar.

La vista de *Penélope Shatton* recayó de pronto sobre un anuncio que juzgó podría interesarle.

El anuncio decía lo siguiente:

«Caballero de mediana edad, solo, buenos ingresos, costumbres morigeradas, desearía ama de casa sin familia, activa, hábil, discreta y competente. *Mr. Cross*, *Steering House*, *Hamfield Village*. Sueldo, 5 libras semanales, comida y alojamiento».

Penélope estudió el anuncio. Caballero de mediana edad, solo, costumbres morigeradas... Sí, aquél podía ser el empleo que le convenía, pese a que el sueldo no era una cosa del otro mundo. Claro que si se consideraban la comida y el alojamiento, la colocación no estaba tan mal. Y ella andaba ahora bastante necesitada de trabajo.

Por otra parte, caso de conseguir dicha colocación, viviría en el campo, en un lugar, seguramente, tranquilo y apacible, situado en la campiña inglesa y a no demasiada distancia de la capital, por cierto. Esto no la importaba demasiado; estaba necesitada de quietud y de descanso. Y el servicio de *Mr. Cross* no parecía ser muy fatigoso..., suponiendo que el tal *Mr. Cross* la admitiese, claro.

Había que probar, se dijo. Poniéndose en pie, abrió el bolso y dejó una moneda como pago de la taza de té que había consumido.

Luego, tomó el *Mirror* y salió del «Lion's».

Tenía que buscar el autobús que la conduciría a Hamfield Village. Todo sería derrochar dos chelines y medio en un billete de ida y vuelta, porque pensaba volver, bien con el empleo en el bolsillo y para recoger las pocas prendas de su equipaje, bien a su mísero hospedaje, en donde de nuevo empezaría la triste peregrinación en busca de trabajo.

Treinta minutos más tarde, Penélope Shatton se encontraba en el autobús que hacía el viaje a Hamfield Village. Un extraño presentimiento le dijo que *Mr. Cross* le concedería el empleo.

Ray Tubbs abrió la puerta y penetró en «El Unicornio Rojo» con el aire fanfarrón y perdonavidas que le era habitual. Tubbs era un hombre alto, corpulento, quien, a pesar de sus treinta y ocho años, aún atraía a las mujeres con su aspecto gallardo y atrevido, al cual, justo es decirlo, ayudaba notablemente su agradable físico y el ligero bigotito que ostentaba sobre el labio superior.

Los ojos de Tubbs recorrieron el interior de la taberna con el gesto de quien se halla ya de vuelta de todas las cosas de este mundo. Tres individuos de aspecto inequívoco trataban de atraerse a otros tantos clientes, a fin de venderles su mercancía de caricias. Dos jamaicanos y un antillano de tez oscura hablaban animadamente en una mesa situada en un rincón. Tubbs pensó un instante: «Drogas», y luego contempló la pelea entablada entre dos parejas de lanzadores de dardos.

Una mujer rubia teñida, de labios sensuales y cuerpo voluptuoso, se le acercó, moviendo las caderas provocativamente.

—¡Hola, Ray! —saludó con voz baja y grave—. Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Me invitas a una copa?

—Otro rato, Sheila —contestó Tubbs—. Gracias, de todas formas.

Sheila curvó sus labios en una mueca de desdén.

—Cualquiera diría que soy yo la que ha invitado —dijo despectivamente.

—¿Y no hubiera sido así? —contestó Tubbs sin levantar su voz. Chasqueó los dedos—. Largo, Sheila; he dicho que otro rato.

—Ese es el pago que me das —contestó ella, muy sulfurada—. Después de lo que hice por ti...

Los dedos de Tubbs, fuertes como tenazas de acero, se clavaron en la carne del brazo de la mujer.

—Sheila, eres todavía una mujer hermosa. Si quieres seguir siéndolo, mantén la boca cerrada, ¿estamos? —El rostro de Tubbs no había alterado su expresión, pero sus ojos brillaban como pedazos de acero bruñido.

El temor asomó a la cara de la mujer.

—Claro, Ray, claro —dijo con voz ligeramente temblona—. Como tú quieras. Suéltame, no me hagas daño, por favor.

Tubbs apretó un poco más, deliberadamente. Luego soltó el brazo de la mujer.

—Anda, ve al mostrador. Quizá vaya yo ahora. Acabo de ver a un amigo y quiero saludarle.

La vista de Sheila se clavó en una mesa situada en uno de los ángulos del local.

—Es... —empezó a decir, pero fue interrumpida secamente por el individuo.

—No es nadie, Sheila. Largo, he dicho.

La mujer se alejó, frotándose el brazo. «¡Tío bruto!», dijo rabiosamente, aunque sin levantar demasiado la voz, por si Tubbs la escuchaba.

Ray Tubbs caminó con paso indolente hacia la mesa del rincón. Tomó una silla y se sentó frente al hombre que parecía meditar profundamente, situado ante una jarra de cerveza, mediada de su contenido.

—Hola, John —saludó.

Mr. Bennett levantó la vista.

—Hola, Ray —dijo.

—¿Qué haces aquí?

Mr. Bennett se encogió de hombros.

—Pasar el rato, ya lo ves. ¿Quieres una copa, Ray?

—Bueno —contestó Tubbs con acento benevolente—. Te acuerdas todavía mucho de Clarissa, ¿verdad?

—Sí; imagínatelo —contestó *Mr. Bennett* con acento desolado. Levantó la mano y un camarero acudió en el acto—. Sírvale a *Mr. Tubbs* lo que desee.

—Un escocés doble, Pete.

—Al momento, *Mr. Tubbs*.

El camarero vino segundos después. Tubbs tomó un trago y luego miró a su interlocutor.

—John, yo también me siento terriblemente apenado por lo que sucedió.

—Lo sé, Ray —contestó *Mr. Bennett*.

—Menos mal que el asesino va a pagar su culpa dentro de tres días —comentó Tubbs con acento intrascendente—. Claro que —añadió—, eso no es ningún consuelo para ti.

—Ciertamente, Ray. —*Mr. Bennett* levantó la mano para que viniese el camarero de nuevo—. Llévase esta porquería —le ordenó — y tráigame algo más fuerte.

—Al momento, señor.

Mr. Bennett dirigió una melancólica mirada a Tubbs.

—Necesito animarme un poco, Ray.

—Se comprende. —Tubbs terminó su *whisky* doble en el momento en que llegaba el camarero con la botella—. Déjala aquí, Pete; tengo la sensación de que ramos a liquidarla entre mi amigo y yo.

Mr. Bennett sacó de su bolsillo dos billetes de a una libra.

—Toma, Pete —dijo—. Cuando veas que se acaba la botella, tráenos otra.

—Sí, señor.

Tubbs llenó los vasos. Luego levantó el suyo y pronunció un brindis de macabro humorismo:

—A la salud del verdugo de Su Majestad la Reina.

Mr. Bennet sonrió débilmente.

—A tu salud, Ray.

Los dos hombres bebieron, *Mr. Bennet* con muchísima más moderación. Ordinariamente, era un sujeto poco locuaz, pero en aquella ocasión empezó a hablar, contándole a Tubbs sus desdichas, a la vez que le servía licor casi sin interrupción, en tanto que él apenas bebía. Puede que parezca extraño, pero, sin embargo, fue *míster Bennett* quien primero dio señales de sentirse mareado.

—No me encuentro bien, Ray —dijo con voz desfallecida.

Tubbs le dirigió una mirada de benigna conmiseración. «Estos hombrecillos —pensó— no saben digerir un par de copas».

—Si... si me quisieras acompañar hasta casa —sugirió *Mr. Bennet*—. Tengo ahí afuera el coche. Yo..., yo no estoy en

condiciones. Tú po... podrías dejarme... en la puerta de casa y...

—Claro que sí, viejo amigo —accedió Tubbs condescendiente. Se puso en pie, rodeó la mesa y cogió por debajo del sobaco a su buen amigo—. Anda, vamos, John.

Los dos hombres se dirigieron hacia la salida del *pub*^[2]. Cerca ya de la puerta, Tubbs se volvió hacia el mostrador.

—Volveré dentro de unos minutos, Sheila —dijo, guiñando un ojo a la mujer.

Luego salió, en compañía de *Mr.* Bennett. Y ésta fue la última vez que los clientes de «El Unicornio Rojo» vieron a Ray Tubbs.

CAPÍTULO III

Ray Tubbs detuvo el coche frente a la puerta de la casa donde vivía su amigo. Éste dormitaba a su lado, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—Eh, John, despierta —dijo, sacudiéndole por un brazo.

Mr. Bennett dijo un par de incongruencias entre dientes. Evidentemente, estaba borracho perdido, lo cual, para un hombre de costumbres tan morigeradas, resultaba realmente vergonzoso. Tubbs le miró con desprecio y luego, haciendo una mueca de enojo, abrió la portezuela y salió del coche.

Dio vuelta por delante del motor y abrió la portezuela del otro lado. A no haberse despedido, *Mr. Bennett* habría caído al suelo con toda seguridad. Maldiciendo entre dientes la estúpida idea que había tenido de acercarse a aquel individuo para conversar con él, le agarró por debajo de los brazos, tratando de ponerle en pie.

—Vamos, vamos, John —dijo. Una señora pasó por la acera y, aunque la luz no era muy buena, el aura de alcohol que despedían ambos individuos, era lo suficiente para provocar en ella una mirada reprobatoria. Levantó la barbilla y siguió su camino con vivo taconeó.

Afortunadamente, Tubbs era bastante fuerte, de modo que el remolcar a *Mr. Bennett* hasta la puerta de su casa no le resultó penoso. *Mr. Bennett* abrió un ojo y dijo:

—En... en el bolsillo derecho... Ray...

De nuevo se tambaleó. Tubbs lanzó su mano izquierda y le atrapó antes de que cayera al suelo.

—Querido... amigo... Nunca... nunca he tenido un amigo tan bueno como tú —sollozó *Mr. Bennett*.

—A este idiota le ha dado ahora la llorona —masculló Tubbs,

tratando de buscar una llave que entrase en la cerradura. Lo consiguió al cabo, después de dos o tres intentonas, y abrió la puerta. *Mr. Bennett* estaba apoyado en la misma y al ceder la madera hacia adentro, dio un gran traspié.

—Ray, amigo... En... en el saloncito t... tengo una botella... Vamos a echar la última copa...

—Está bien —gruñó Tubbs, quien sólo ansiaba desprenderse de aquel pegajoso borracho. «Una copa más y caerá redondo», se dijo.

Pasaron al saloncito. *Mr. Bennett* se dejó caer pesadamente en Un diván. Su mano izquierda señaló con torpe ademán un aparador.

—A... ahí está... está la botella... Trae dos... dos vasos, vie... viejo amigo... La última..., la última...

—O.K., O.K., la última —dijo Tubbs, dirigiéndose hacia el aparador. Entonces, cuando estaba vuelto de espaldas, la mano derecha de *Mr. Bennet* se movió rápidamente, extrayendo una corta cachiporra de debajo de uno de los cojines. La ocultó bajo el muslo derecho y aguardó.

Tubbs volvió a poco con una botella y dos copas, que dejó sobre la mesita que había frente al diván. Miró a *Mr. Bennett* con desprecio. «Es un flojo», comentó para sus adentros, inclinándose hacia la botella. En aquel instante, la mano de *Mr. Bennett* se movió con sorprendente rapidez.

Sonó un golpe seco. Tubbs emitió un sordo gruñido y se vino al suelo, derribando la mesa con gran estrépito. *Mr. Bennett* sé puso en pie, contemplando el estropicio con gesto desaprobador. Tendría que recoger los trozos de vidrio y limpiar en lo posible las manchas de licor de la alfombra.

Luego, se arrodilló y tomó el pulso del yacente. Una extraña sonrisa apareció al momento en sus labios. Tubbs continuaba vivo. Por un momento, había llegado a temer que el cachiporrazo le hubiese roto el cráneo, pero no había sido así. Aunque de todas formas, Tubbs estaba destinado a morir, no era aquélla la muerte que *Mr. Bennett* deseaba para el otro asesino de su esposa.

Ray Tubbs abrió los ojos, sintiendo un terrible dolor de cabeza en la nuca. Durante unos momentos, trató de centrar sus ideas, esforzándose en recordar lo que le había sucedido.

De pronto vio a *Mr. Bennett* a dos pasos de él, con los brazos cruzados plácidamente sobre el pecho, apoyado en la pared. Una

ligera sonrisa florecía en los habitualmente tristes labios de *Mr. Bennett*.

Tubbs frunció el ceño. La cabeza le dolía espantosamente. ¿Qué diablos le había hecho aquel hombrecillo? ¿Por qué le había golpeado?

Fue a llevarse la mano derecha a la nuca y entonces advirtió que estaba sólidamente atado a una silla.

—¡John! —gritó—. ¿Qué demonios estás haciendo conmigo? ¿Qué clase de broma es ésta? ¡Suéltame! ¿Me oyes? ¡Suéltame, te digo!

Mr. Bennett no cambió de actitud.

—Querido Ray —contestó—, antes de soltarte, tú y yo vamos a sostener una interesante charla. Estate quieto, por favor; prometo soltarte dentro de unos minutos. Pero tú has de prometer que me escucharás. ¿De acuerdo?

En circunstancias normales, Tubbs, hombre violento y acostumbrado a hacer siempre su voluntad, habría enviado al diablo al insignificante *Mr. Bennett*; pero ahora estaba atado a la silla como un salchichón y no podía moverse. Calculó que si lo hacía, caería al suelo, con lo cual no conseguiría ninguna ventaja y sí mayores incomodidades.

—Está bien —refunfuñó—. Desembucha, pero abrevia; me están esperando en «El Unicornio Rojo».

—Muy bien. ¿Te acuerdas de mi esposa?

—Sí. —Tubbs frunció el ceño—. ¿Qué diablos pasa?

—Pasado mañana ahorcan a Jackles.

—El la mató; se lo tiene merecido —gruñó Tubbs.

—Tenía un cómplice. El cómplice no ha podido ser enjuiciado, porque presentó una coartada indestructible.

Una ligera capa de sudor cubrió repentinamente las facciones de Tubbs.

—¿Y qué? —Trataba de fanfarronear, porque se daba cuenta de que *Mr. Bennett* conocía perfectamente los detalles del caso—. No pude ser acusado, es cierto. Ni con mil cañones habrían podido destruir mi coartada.

—Es una coartada falsa, Ray. Yo lo sé y tú lo sabes también. Matasteis a Clarissa entre los dos. Un sollozo se estranguló de repente en la garganta de *Mr. Bennett*. Casi lo de menos es su

muerte. Pero hasta que llegó ese momento... Clarissa era más joven que yo, muy bonita. Su único defecto era un poco de debilidad en su carácter. Ella me quería y, sin embargo, sucumbió ante tu acoso. Estoy seguro de que se arrepintió muchas veces de lo que había hecho, Ray.

—Si se arrepintió, no lo demostró —contestó Tubbs hoscamente—. Vamos, suéltame ya de una vez.

Los ojos de *Mr. Bennett* brillaron enfebrecidos.

—Tú has escapado a la justicia legal, Ray, pero no escaparás a la mía. La justicia de los hombres no ha podido demostrar que fuiste el coautor de la muerte de Clarissa. Y eso me importa a mí muy poco.

La cara de Tubbs se llenó de pánico. ¡Aquel imbécil hablaba en serio!

—¡Suéltame! —chilló—. ¡Te digo que me sueltes! ¡Yo no hice nada a tu mujer...!

—Estás mintiendo a sabiendas. —*Mr. Bennett* se inclinó ligeramente hacia él—. Ray Tubbs, vas a morir de la misma manera que tu cómplice. —Soltó una estridente risita—. Si te hubieran juzgado en Old Bailey, habrías vivido aún dos días más. De este modo, esperarás a Jackles en el infierno.

La nuez de Tubbs subió y bajó espasmódicamente.

—John, viejo amigo, no es posible que hables en serio. Mira, suéltame y te daré lo que me pidas. Tengo un buen capitalito, ¿sabes? Puedo reunir un par de millares de libras...

—Aunque reunieras un par de millones, Ray —dijo *Mr. Bennett* fríamente—. Levanta tu cabeza y mira hacia arriba.

Tubbs obedeció maquinalmente. En el mismo momento, sintió que un sudor helado envolvía todo su cuerpo.

A unos centímetros de su frente colgaba un lazo de cuerda, la cual pasaba por la roldana de una polea encastrada en una de las vigas del techo. La soga iba después a sujetarse a un gancho de metal, clavado en la base del muro.

—¿Qué es esto? —chilló Tubbs, lívido de espanto—. ¡Dios mío, John, tú no irás a hacer una cosa semejante conmigo! ¿Verdad que no lo harás? —Casi lloraba—. Dime que es una broma, viejo amigo, dime que es una broma...

Mr. Bennett dio dos pasos, levantó las manos y, agarrando el lazo, lo bajó hasta pasarlo por la garganta de su prisionero. Con voz

inexpresiva, dijo:

—El verdugo suele situar el nudo bajo la oreja izquierda del sentenciado a muerte. De este modo, al caer su cuerpo por la trampa del patíbulo, el cuello se fractura en el acto y la muerte sobreviene instantáneamente. Espero —añadió pensativo—, que la cuerda resista. Es nueva, ¿sabes? No me gustaría que pasara lo que ocurrió a fines de Siglo en California, cuando todavía no usaban la cámara de gas. La cuerda se rompió y el sentenciado tuvo que ser colocado de nuevo en la trampilla. En otra ocasión, lo que se rompió fue el cuello del reo, el cual resultó decapitado^[3]. Creo que aquí se desarrollarán las cosas con toda normalidad.

Tubbs miraba a míster Bennett con ojos desorbitados por el horror. Le parecía estar bajo el influjo de una espantosa pesadilla. Aquello no era posible; dentro de unos segundos despertaría y...

Míster Bennett retrocedió hasta situarse junto a la pared. Contempló el aparejo durante unos segundos. La cuerda, a partir de la polea hasta el gancho, pendía floja. Luego se tensaría. Esperó haber realizado bien sus cálculos.

—Ray —dijo llanamente—, esta ejecución es algo diferente de las que se practican en Pentonville. Estás sentado, porque no te puedo tener en pie, pero los efectos serán los mismos. Además, tu peso es, más o menos, el de Jackles, incluyendo la silla, claro está. —Hizo una pausa, mientras Tubbs le contemplaba con ojos que amenazaban salirse de las órbitas. Su mano se apoyó sobre lo que parecía el mango de una hachuela—. Adiós, Ray. Te lo dije antes: ¡la última copa!

Tubbs lanzó un terrible chillido. En el mismo momento, la mano de míster Bennett movió aquel mango, y la trampa que había bajo los pies de Tubbs se abrió bruscamente.

La cuerda corrió por la holdana de la polea con estremecedor sonido. El grito de Tubbs se apagó de pronto, cortado por el horrendo chasquido causado por sus vértebras quebradas en seco. Su cuerpo había desaparecido por completo del nivel del suelo de la cocina.

Tranquilamente, sin sentir la menor emoción, míster Bennett se asomó a la trampa. El cuerpo de Tubbs giraba lentamente, suspendido por la cuerda, todavía en posición de sentado, ya que había sido atado de pies y manos a la silla. Un rayo de luz le dio de

pronto y míster Bennett sufrió un fuerte estremecimiento al contemplar el horrendo aspecto que ofrecía el rostro del ahorcado.

Estuvo así unos momentos. Luego, reaccionando, se dijo que era hora de hacer desaparecer todas las huellas de su acción. El cuerpo de Tubbs debía ser lanzado por la cloaca y los instrumentos que había empleado, tenían que ser recogidos y escondidos. Empezó a trabajar sin perder un minuto más.

Dos horas más tarde, todo estaba de nuevo en el mismo orden. Entonces, míster Bennett se dispuso a abandonar la casa en que había vivido hasta entonces y que ya estaba desalquilada. Al día siguiente empezaría a vivir en su nuevo domicilio y bajo otro nombre. Míster Bennett sentíase extrañamente satisfecho; no sólo había castigado la muerte de su esposa, sino que, además, había adquirido la práctica suficiente para desempeñar su nuevo empleo con la eficacia precisa.

Cuando hacía arrancar el vehículo, se echó a reír. Acababa de ocurrírsele una idea muy divertida. ¿Qué diría Thomas Jackles cuando le viera en el cuarto de ejecuciones de Pentonville?

CAPÍTULO IV

El guardián que acompañaba al inspector Yarrick abrió la puerta de la celda y le dejó a solas con el condenado a muerte.

Thomas Jackles estaba tendido sobre su camastro, con la cabeza apoyada en las manos. Al oír el ruido de los cerrojos, miró hacia la puerta.

—Hola, Jackles —dijo el inspector.

El reo soltó un bufido.

—Váyase al diablo —dijo.

Yarrick no se dejó impresionar por la poco amistosa acogida del condenado. Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—¿Quieres fumar, Jackles?

—¿Cree que va a sobornarme con un pitillo para que hable? —respondió Jackles abruptamente.

—No, por supuesto —contestó el policía. Encendió el cigarrillo y expelió el humo. Luego lanzó el paquete de tabaco entre las piernas del preso—. Anda, fuma, Jackles.

Jackles se sentó en el borde del camastro y prendió un cigarrillo.

—Esto se acaba, inspector —dijo, sonriendo forzosamente—. Deme fuego, ¿quiere?

Yarrick le arrojó una tira de fósforos.

—Sí —concordó—, es tu última noche. Ya ves, podías estar quizá por la calle y...

—¡Tonterías, inspector! No trate de conmovirme con sus melosas palabritas. El ministro del Interior ha denegado el indulto, y a la madrugada me estirarán el pescuezo. ¿Qué diablos quiere que le diga?

—El nombre de tu cómplice, Jackles.

Jackles expulsó el humo lentamente.

—No se lo diré, inspector. Conmigo pierde el tiempo.

—En cierto modo, podría decirse que tú lo pierdes aún más que yo. Tu cómplice estará aguardando la noticia de tu ejecución, riendo alegremente, mientras te alargan el cuello. Y lo más seguro es que tenga al lado una fulana para entretener la espera. Es muy distinto tener al lado una chica guapa que un oficial de la policía, ¿verdad?

Los ojos del reo chispearon durante un segundo.

—Repito que no diré nada, inspector. No se moleste en persuadirme; si hay alguna cosa que he detestado en mi vida son los soplones.

—Todo esto estaría muy bien si se tratase simplemente del robo de unos cientos de libros; pero ahora se trata de tu vida, Jackles, compéndelo.

—¿Y qué? ¿Acaso me perdonarían si le dijese el nombre de mi cómplice? No, me ahorcarán igual y a él no le beneficiaría en absoluto; así que lárguese y déjeme en paz, inspector.

Yarrick arrojó una crítica mirada a la brasa de su pitillo.

—¿Tubbs? —insinuó.

—¿No demostró su cortada?

Hubo una pausa de silencio.

—Quizá era falsa.

—El tribunal la reputó legítima. Usted mismo creyó en ella.

—La admití, vista la evidencia. Lo cual no significa que creyera en ella —corrigió el policía.

—Admitirla o creerla, tanto da. —Jackles se encogió de hombros—. En todo caso, no se lo diré, inspector.

Yarrick consultó su reloj.

—Te quedan poco más de seis horas de vida —dijo—. Es posible que en ese tiempo pienses que merece la pena rectificar.

—¡Bah! —resopló el condenado despectivamente, volviendo a tenderse de nuevo en el camastro.

Yarrick le contempló en silencio unos segundos; después, llamó para que le abriesen.

Momentos más tarde, se hallaba en el despacho del director de la prisión.

—¿Ha dicho algo? —preguntó el funcionario.

Yarrick sacudió la cabeza.

—Es terco —dijo.

El director se levantó, encaminándose hacia un aparador en donde había una tetera sobre un infiernillo de alcohol.

—Venga a tomar una taza de té, inspector. Esto le ayudará a pasar el resto de la noche.

—Gracias —contestó el joven. De pronto recordó una cosa—. Director, ¿han cubierto ya la plaza de ejecutor?

—Sí. Le estamos esperando de un momento a otro.

—¡Hum!

El director pasó a Yarrick una taza humeante.

—¿Por qué ese «¡hum!», inspector?

—Es nuevo; el anterior se retiró.

—De todas formas, le instruyó en las obligaciones de su nuevo cargo. Espero que sepa comportarse con firmeza.

—Ojalá. Bueno —expresó Yarrick, un tanto confuso—, lo decía por el condenado. De carecer de práctica, podría hacer padecer al reo innecesariamente.

—Confío en que lo haga bien —manifestó el director—. El anterior verdugo le enseñó todos los trucos del oficio. Además, qué diablos, tampoco es una cosa del otro mundo. —Se puso colorado—. Por supuesto, yo no lo haría, inspector.



—Sí, la última...

—Sí, la última...

—Claro —convino Yarrick—. Ese Jackles...

El director soltó una risita.

—Se ablandará, ya lo verá. Es raro el condenado que no decae a medida que se acerca la hora de su ejecución. Ahora está muy fuerte, pero luego, cuando vea que las manecillas del reloj avanzan

implacablemente, perderá su fortaleza. Confío en que no dará mucho trabajo a los guardianes; algunos condenados parecen volverse locos cuando los llevamos al patíbulo.

—Una desagradable tarea, director —murmuró Yarrick.

—Pero necesaria, inspector. Alguien tiene que hacerla, ¿no? Al menos que un día se decrete la abolición de la pena de muerte. ¿Es usted partidario de la abolición, inspector?

—No sabría decirle —contestó Yarrick—. Es un problema que no me ha preocupado nunca demasiado. En Inglaterra es tan tradicional como el té de las cinco.

—Quizá exista algún día un medio para reeducar a los asesinos y convertirlos en ciudadanos pacíficos y servidores de la comunidad. Hoy por hoy, tenemos que seguir recurriendo a los mismos métodos bárbaros de hace cinco mil años. El que comete una muerte, debe morir. ¿Es justo eso?

—También podríamos preguntar si es justo matar, director —contestó Yarrick—. Siguiendo esos razonamientos, acabaríamos por meternos en un callejón sin salida. Una especie de quién fue primero, el huevo o la gallina.

El director sonrió.

—Sí, claro. Venga a sentarse conmigo, inspector. Fumaremos un cigarrillo mientras tanto. Tengo línea directa con el Ministerio del Interior; quizá, a última hora, el ministro se decida a aplicar a Jackles la gracia del indulto. Aunque —meneó la cabeza con pesimismo—, ya dijo que era imposible reconsiderar el caso.

Yarrick asintió pensativamente. El tiempo empezó a transcurrir, mientras los dos hombres charlaban sosegadamente. Entró el capellán a saludarles y al cabo de unos minutos se retiró, diciendo que iba a ver al condenado.

Varias veces entraron algunos oficiales de la prisión. En noche de ejecución, el servicio se reforzaba. A medida que el tiempo corría, Yarrick sentía que su nerviosismo aumentaba. No era la primera vez que asistía a una ejecución, pero siempre le sucedía lo mismo; a fin de cuentas, un ser humano iba a perder la vida.

Alrededor de las tres de la mañana entró el jefe de guardianes.

—Está ahí ya, señor —informó al director.

El director movió la cabeza afirmativamente.

—¿Quiere usted conocerle, inspector? —preguntó.

—No, gracias. —Yarrick emitió una sonrisa desvaída—. No siento la menor curiosidad.

—Está bien. Dodge, acompáñele y pregúntele si quiere algo. Ah, con toda seguridad, deseará ver al reo para calcular su peso.

—Dice que no es necesario, que ya ha podido darse una idea por las informaciones de la Prensa.

—Con tal de que no nos falle a última hora... —rezongó el director—. ¿Qué tal está? ¿Nervioso?

—Al contrario —respondió el jefe de guardianes—. Para ser su primera ejecución, no he visto en mi vida a un hombre más tranquilo.

—Está bien, Dodge. Vaya con él.

—Sí, señor.

A las seis de la mañana, el director de la penitenciaría, seguido por algunos funcionarios y por el inspector Yarrick, se acercó a la celda que ocupaba el reo.

—Valor, Jackles —dijo, pronunciando la fórmula consagrada por el uso.

El reo se puso en pie. Las piernas le temblaban ligeramente.

—¿Es... es ya la hora? —preguntó.

El director movió la cabeza afirmativamente. Dos guardianes penetraron en la celda y amarraron las manos del preso a la espalda.

Yarrick se acercó al condenado.

—Jackles, te faltan escasos segundos.

—No —curvó los labios el reo.

—Está bien —suspiró Yarrick—. Pero me parece que haces el tonto.

—De todas formas, me ahorcarían igual —gruñó Jackles—. Adiós, inspector.

Yarrick se echó a un lado sin contestar. El capellán de la prisión se acercó al condenado y musitó algo a su oído. Luego se separó un paso y trazó en el aire la señal de la cruz.

Los guardianes empujaron a Jackles. Una pequeña procesión caminó hacia el cuarto de ejecuciones, situado al final del corredor. Acompañado por un guardián, Yarrick se encaminó hacia la parte inferior del patíbulo, donde estaban el médico, los testigos requeridos por la Ley y algunos periodistas.

Jackles penetró en el cuarto de ejecuciones, un cubículo de tres metros de lado, con el suelo de tablones. Del techo pendía el lazo. Lo miró y sintió que las piernas le flaqueaban.

El verdugo estaba medio vuelto de espaldas, manipulando con algo que Jackles no pudo ver. Se volvió enseguida, pero su rostro estaba en sombras, casi oculto por el ala del sombrero con que se tocaba. Cogió a Jackles por un brazo y le situó en el centro del cuarto, justamente sobre un pequeño cuadro marcado con tiza. Jackles puso los pies dentro del cuadrado. El sudor corría por su rostro ceniciento.

Algo le pasó por delante de los ojos y se le ciñó luego al cuello. Jackles se estremeció al sentir sobre su epidermis el áspero roce del cáñamo.

Los guardianes contemplaban la escena en silencio. El verdugo se volvió y tomó fin objeto negro que yacía en un rincón. Luego caminó tres pasos hasta situarse frente al reo. Levantó las manos para colocarle el capuchón negro.

Entonces, la luz del techo cayó directamente sobre su cara. Jackles reconoció aquel rostro y se puso a temblar.

—¡No! —gritó.

El capuchón le tapó el rostro, atenuando sus voces. Jackles lanzó un grito desesperado. Llamaba al inspector Yarrick.

El verdugo se retiró un paso. Su mano se crispó en torno a la palanca que abría la trampa. Los guardianes estaban prestos a intervenir, por si el preso hacía un movimiento imprevisto. Pero sólo gritaba, aunque el capuchón apagaba su voz casi completamente.

Míster Bennett tiró de la palanca. Estaba seguro de no fallar; a fin de cuentas, ya había realizado las prácticas convenientes antes de aquel momento.

El cuerpo de Jackles se precipitó por el escotillón. Abajo, los que presenciaban la ejecución oyeron una breve serie de ruidos estremecedores cuando la cuerda se atirantó, quebrando las vértebras. Las piernas de Jackles se agitaron unos momentos y luego se estiraron laciamente.

Unos minutos después, el médico de la prisión se acercó al cuerpo que colgaba y aplicó un fonendoscopio al pecho. Estuvo escuchando durante algunos segundos; luego, se volvió hacia los

espectadores y, con voz solemne, pronunció la frase de rigor:

—Declaro oficialmente que este hombre está muerto.

Cuando Yarrick salió de la prisión, con un amargo sabor de boca, vio un grupo de manifestantes, mujeres maduras y solteras la mayoría, que portaban pancartas en favor de la abolición de la pena de muerte. Detrás de él, un empleado de la prisión procedió a fijar en la puerta el anuncio oficial de que la sentencia, había sido ejecutada.

Yarrick masculló algo entre dientes, nada favorable a los manifestantes:

—Me gustaría saber qué es lo que pensaría cualquiera de estos idiotas si le hubiesen asesinado a un familiar cercano.

Lanzó un suspiro, montó en el coche y se marchó.

CAPÍTULO V

Steering House agradó a Penélope Shatton desde un principio; al menos, vista desde el exterior. La casa se hallaba situada en las afueras de Hamfield Village, al final de una pequeña pendiente que dominaba un caminito bordeado de setos vivos y árboles de gran frondosidad. Un sendero de gravilla, con la anchura suficiente para permitir el paso de un automóvil, conducía a la casa, que se hallaba a unos cincuenta metros de la carretera. Era una construcción antigua, pasada de moda, con dos pisos y tejado de picos, de gris pizarra. Daba la sensación de ser sólida y acogedora y, para Penélope, después de tantos meses de rodar de hospedaje en hospedaje y de empleo en empleo, le pareció poco menos que un oasis de paz.

A derecha e izquierda había otras casitas, de parecida apariencia, situadas, como Steering House, en medio de la atrayente campiña inglesa, de bien cuidados prados, espesos setos y copudos árboles. Era un lugar paradisíaco, bañado por un radiante sol de junio, que infundía paz y sosiego en el ánimo solamente al contemplarlo.

Pero, se dijo Penélope, todavía no podía asegurar que aquél fuese el oasis donde pensaba descansar una temporada. Aún no sabía si *míster Cross* la admitiría. Quizá alguna otra se le había anticipado y era ya el ama de llaves de Steering House. En fin, ya que se había gastado los dos chelines y medio, era preciso tratar de sacarles el provecho debido.

A la entrada del caminito estaba el buzón de correos con la indicación del nombre de la finca y del propietario. Con paso largo y elástico, Penélope se metió por el camino, y unos momentos después se encontraba bajo la pequeña marquesina que protegía la

puerta. Tiró de la cadena y escuchó al otro lado el alegre tintineo de una campanilla.

Esperó un par de minutos. Casi empezaba ya a desconfiar de que hubiera nadie en la casa, cuando la puerta se abrió y un hombre apareció bajo el dintel.

Era un sujeto de mediana estatura, de cabellos ralos y claros, y ojos muy azules, de facciones desdibujadas y barbilla puntiaguda. Estaba en mangas de camisa, aunque se protegía la parte anterior del cuerpo con un mandil de sólida tela a rayas azules y grises. Penélope calculó que aquel sujeto podía tener tanto cuarenta como sesenta años; el aspecto externo no permitía sentar una afirmación demasiado rotunda acerca de su edad.

—¿Míster *Cross*? —preguntó cortésmente.

—Sí, yo mismo —contestó el hombre. Su tono de voz era bajo, bien educado.

—Soy *mistress* Shatton, míster *Cross* —manifestó la joven. Tenía a mano el «Mirror» y lo movió ligeramente—. Leí su anuncio en el periódico.

—Ah, viene por lo del anuncio. Está bien, pase usted, *mistress* Shatton.

Míster *Cross* se echó a un lado, y la joven cruzó el umbral. Disimuladamente, miró en torno suyo, La casa tenía al menos cien años de antigüedad, y todo en ella, mobiliario incluido, demostraba la solidez de su construcción. El suelo, de brillante madera oscura, espejeaba.

Míster *Cross* condujo a la joven hasta un saloncito. Le indicó un asiento y luego él se sentó frente a ella.

—Tendrá que dispensarme por la forma en que la recibo *mistress* Shatton, pero me ha encontrado usted en plena faena. Estaba tan distraído, que por poco no oigo ni la campanilla.

—No tiene necesidad de excusarse por mí, míster *Cross* —concedió la joven benévolamente—. Comprendo muy bien lo que le ha pasado. En su interior, se preguntó de qué serían las leves manchas que aparecían en el mandil. Eran de un color rojo oscuro, casi vinoso, muy poco agradable de contemplar.

—Bien —dijo míster *Cross*—, en primer lugar, antes de seguir adelante, le preguntaré si, puesto que manifiesta haber leído el periódico, está conforme con las condiciones económicas.

Penélope iba a contestar que no era un sueldo del otro mundo, pero estaba necesitada. Y, caramba, a fin de cuentas, cinco libras semanales^[4], más comida y alojamiento, no era tampoco una cosa que pudiera desdeñarse.

—Sí, míster Cross —contestó al fin.

—Se lo advierto, porque han venido antes que usted un par de solicitantes, con la pretensión de ganar por lo menos dos libras más semanales. En vista de ello, desistí de tomarlas a mi servicio.

—Entiendo, míster Cross. El sueldo y las condiciones me convienen. —Con leve sonrisa, Penélope añadió—. Sólo falta saber si yo le convengo a usted.

—Eso lo sabremos enseguida. ¿Qué experiencia tiene usted en cuidar a un hombre solo?

Penélope se acordó de su esposo y la sonrisa se borró de su rostro en el acto.

—Bastante, míster Cross —contestó—. Tuve a mi marido enfermo durante más de dos años.

—Ah, ¿luego es viuda?

—Sí, míster Cross.

—Mi condolencia, *mistress* Shatton —dijo míster Cross gravemente—. Habiendo cuidado a un hombre enfermo durante tantos meses, es obvio que le resultará mucho más fácil cuidar a un hombre sano. Afortunadamente, yo no soy propenso a las enfermedades.

—Lo celebro mucho, míster Cross.

—Bien —concluyó míster Cross—, parece que me conviene. Pero no le importará que le haga alguna pregunta más.

—En absoluto —respondió la joven.

—¿Trabajó después de la muerte de míster Shatton?

—Sí, míster Cross. —Le citó los empleos—. Pero los abandoné.

—¿Por qué?

—Algunos se creían con derecho a obtener de mí algo más de lo que decía el contrato de trabajo.

En cuanto a eso, no tendrá que temer nada de mí, *mistress* Shatton —contestó él gravemente—. Nuestras relaciones serán siempre de amo a empleada, puedo garantizárselo de antemano. No soy hombre voluble ni casquivano, y ciertas actitudes me desagradan y las repruebo rotundamente.

—Me alegra oírle hablar así, *míster Cross*.

—Gracias, *mistress Shatton*. De modo que también sabe desempeñar cargos de oficina.

—Así es.

—Quizá, algún día, la necesite yo para despachar algunos asuntos. Tengo una pequeña máquina de escribir... Por supuesto, ese trabajo sería considerado como independiente del que va a desempeñar y remunerado adecuadamente.

—Es usted muy amable, *míster Cross*.

—Gracias, *mistress Shatton*. Otra pregunta, ¿sabe conducir? Y en tal caso, ¿tiene al día su licencia?

Penélope se felicitó por la buena idea que había tenido de renovarla semanas atrás. Contestó afirmativamente.

—Yo tengo un coche en el garaje de la parte trasera de la casa —informó *míster Cross*—. Es un poco anticuado, pero funciona magníficamente. Podrá utilizarlo para ir a Hamfield Village cuando, tenga necesidad de hacer la compra. Pero no lo haga sin avisarme previamente, bajo ningún concepto.

—Lo tendré muy en cuenta, *míster Cross*.

—Bien, creo que va a ser el ama de llaves que yo estaba necesitando. Mis gustos, en materia culinaria, son más bien sencillos, aunque he de advertirle que soy un enamorado de la puntualidad.

—Entiendo, *míster Cross*.

—Yo le redactaré una lista, con los trabajos más importantes que ha de llevar a cabo, así como el horario de las comidas, lista que deberá seguir usted inexorablemente, y de la cual no podrá apartarse sin consultarme antes. Cualquier infracción de la regla, motivaría el despido automático, ¿me ha comprendido, *mistress Shatton*?

—Sí, *míster Cross*. —Ella pensó que el hombre parecía un tanto maniático, pero había muchos ingleses en edad madura con las mismas o parecidas manías. A fin de cuentas, una de las cosas que más habían contribuido a la grandeza de Inglaterra era la estricta observancia de las reglas, precisamente.

—Otra cosa —añadió *míster Cross*—. De vez en cuando, es posible que me vea obligado a ausentarme. Recibirá una carta o un telegrama y entonces estaré fuera de *Steering House* un par de días.

Estas ausencias no serán fijas, sino acomodadas a las circunstancias de... de mi profesión. Cuando yo esté ausente, usted permanecerá en la casa, excepto para ir de compras a Hamfield Village, pero nada más.

—Comprendido, *míster Cross*.

El dueño de la casa, se puso en pie.

—Y ahora, *mistress Shatton*, si no tiene inconveniente, le enseñaré la casa.

Míster Cross acompañó a la joven por todo el edificio, hasta que le hubo mostrado el último rincón, sin excluir el desván y las buhardillas. Al terminar, le señaló una puerta situada en el extremo oriental del corredor que conducía a las habitaciones del primer piso.

—Aquí es donde yo trabajo habitualmente, *mistress Shatton*. Estaba adentro cuando usted llamó, por eso me costó tanto atender a su llamada. Ahora bien, una advertencia y la más importante de todas.

Míster Cross miró a la joven con tanta fijeza que *Penélope* llegó a sentirse incómoda.

—Bajo ningún pretexto, fíjese usted bien, bajo ningún pretexto, deberá usted penetrar en esta habitación.

La lámpara roja que hay en el dintel de la puerta —se la indicó con la mano—, avisará si yo estoy dentro o no. En caso de que la lámpara esté encendida y usted me necesita para algo, que habrá de ser de gran urgencia, llamará a la puerta, y cuando yo haya contestado, haciendo centellear la luz, usted se retirará y me aguardará en el vestíbulo. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle, *mistress Shatton*?

—Con toda claridad, *míster Cross*. —*Penélope* pensó:

El cuarto secreto de «Barba Azul».

—Lo celebro, *mistress Shatton*. Puede que me olvide algo por el momento; pero, en todo caso, ya la advertiré oportunamente. Ahora, dígame: ¿cuándo puede empezar a trabajar, *mistress Shatton*?

—Tengo todas mis cosas en Londres. Necesitaría volver para recogerlas y despedirme del hospedaje. Calculo que podría estar aquí mañana a las diez y media de la mañana; antes, por supuesto, si usted me necesitase.

—Es una buena hora —concedió *míster Cross*—. Su sueldo, por tanto, empezará a correr a partir de mañana. Le pagaré el día entero, naturalmente.

—Muy amable, *míster Gross*. —En medio de todo, y aunque algunas de las rarezas del dueño de la casa no dejaban de extrañarle, consideraba que había resultado muy afortunada al obtener el empleo.

El inspector Yarrick, de Scotland Yard, abrió la puerta y penetró en «El Unicornio Rojo».

Yarrick conocía sobradamente el ambiente, así que no se molestó apenas en lanzar una mirada en torno suyo. Sin la menor vacilación, se dirigió al mostrador, tras el cual se hallaba en aquellos momentos una gruesa mujerona, de grandes pechos y mirada dura y repugnante.

—Hola, Rosie —saludó el joven.

—Hola, «poli» —dijo ella con desgarro—. ¿Qué le trae por aquí?

—¿Dónde está Child?

—Adentro.

—Llámelo. Necesito hablarle.

Rosie dirigió a Yarrick una escrutadora mirada, que el joven soportó impasible. Vaciló uno o dos segundos y, al fin, encogiendo los hombros, se volvió hacia la puerta que había tras el mostrador. Apartó las cortinillas de bambúes y gritó:

—¡Child!

—¿Qué diablos te ocurre ahora? —Sonó una voz ronca y aguardentosa al otro lado de la puerta.

—Sal, tienes visita.

Se oyeron unos pasos torpes y pesados. Luego, un hombre, con barba de tres días y ojos embotados, apareció tras el mostrador. Era un sujeto tan enorme y voluminoso como la propia Rosie, aunque de expresión infinitamente más dura y hostil. No fue precisamente una sonrisa lo que se dibujó en sus morcilludos labios al ver a Yarrick frente a él.

—Hola —dijo sin ningún entusiasmo—. ¿Quiere beber algo, inspector? —preguntó por pura fórmula.

—Gracias, Child. Sólo deseo hablar con usted unos minutos.

—Bueno. —Child movió la cabeza—. Largo, Rosie.

La mujer obedeció, refunfuñando. Al quedarse solos, Child dijo:

—¿Y bien, inspector?

—¿Leyó los periódicos, Child? —preguntó el joven.

—Bueno, las memeces de siempre. Estados Unidos, Rusia, Mac Millan y eso. ¿Qué?

—No me refería a la situación internacional, Child, sino a la de Tom Jackles.

—Le dieron el pasaporte. Por primo.

—Las opiniones difieren, Child.

El tabernero levantó los hombros.

—Tengo derecho a expresar lo que siento, ¿no?

—Claro. Nadie se lo prohíbe, Child. Estamos en un país libre.

—¡Y Dios salve a la Reina! ¿Qué diablos se trae usted entre manos, inspector?

Yarrick encendió un cigarrillo con aire reflexivo.

—Ray Tubbs —dijo con la primera bocanada de humo.

—No sé nada de él. Hace días que no viene.

—¡Child! —exclamó el joven en tono de advertencia.

—Se lo aseguro, inspector. Hace casi una semana que no se le ve el pelo.

—Child —murmuró el joven—, el día en que se haga un registro a fondo de este infecto *pub*, saldrán muchos trapos sucios a relucir que no le beneficiarán en absoluto. Jamaicanos, drogas y más cosas. ¿Eh?

—Mi conciencia está limpia. Allá con lo que hagan mis clientes. También Jackles era un asiduo de «El Unicornio Rojo». ¿Va a culparme de lo que hizo sólo porque venía aquí a tomarse unos *whiskies* y a tirar a los dardos, inspector?

—Evidentemente, no. Lo único que quiero saber es el paradero de Tubbs.

—Ya le he dicho que hace cinco o seis días que no se le ve el pelo, inspector. Vaya a su domicilio...

—Vengo de allí, precisamente —cortó Yarrick con suavidad—. La dueña de la pensión donde se hospeda dice que no sabe nada de él.

—¿Lo ve? —rió Child agriamente—. Ya somos dos a contestar lo mismo. Se habrá ido a cualquier sitio, vaya usted a saber. No es la primera vez que lo hace.

—¿Algún viaje de novios?

Child soltó una áspera risotada.

—¿Quién, Tubbs? ¿Casarse Tubbs?... Vamos, inspector, no me atormente; tengo el estómago flojo y se me mueve cuando me río.

—Me gustaría creerle, Child.

—Pues ya puede estar seguro de que Tubbs no ha venido aquí en estos días. Hombre, concretamente, cuando faltaban cuarenta y ocho horas para que apiolasen a Jackles. Después... —Child sacudió los dedos—, ¡la del humo!

Yarrick meditó unos segundos. Las manifestaciones del dueño del *pub* y de la mujer en cuya casa se había hospedado, Tubbs coincidían en un todo. ¿Habría escapado por temor a algo, quizá por no considerar, a pesar de todo, demasiado consistente su coartada?

Era una posibilidad digna de tenerse en cuenta.

—Oigame, Child, ¿cuál era la última chica de Tubbs?

—Sheila.

—Sheila, ¿qué?

—Sheila McCann. Vive en...

—No siga. —Yarrick acababa de recordar bruscamente el nombre y domicilio de la nombrada—. Iré a verla. Gracias, Child.

—Ni hay de qué —contestó el tabernero. De pronto, inquirió—: ¿Inspector?

—¿Sí, Child?

—¿Le ocurre algo a Ray? ¿Se ha metido en algún lío gordo?

—Oh, en absoluto —contestó el joven negligentemente—. Tengo ganas de charlar un rato con él, eso es todo. Adiós, Child.

—Adiós, inspector.

Los ojos de Child estuvieron contemplando las anchas espaldas del policía, hasta que éste hubo atravesado las puertas del *pub*. Luego, entre dientes, masculló una soez imprecación.

—Si crees que me engañas —añadió—, estás muy equivocado. De todas formas, ¿qué diablos me importa a mí? —Agarró un paño y empezó a frotar con inexplicable energía el mostrador.

CAPÍTULO VI

Yarrick tocó en la madera de la puerta con los nudillos y esperó unos segundos. La puerta se abrió al fin y una mujer joven, de formas voluptuosas, mal cubierta por una bata no demasiado limpia, apareció ante sus ojos.

Sheila McCann era joven, pero la vida que llevaba había impreso sus inequívocas huellas en su rostro. Cuando Yarrick la vio, tenía unos churretones de pintura roja en los labios y el *rimmel* de los ojos se había corrido un tanto. El aspecto no podía ser más desastroso, y el olor a perfume barato, impregnaba el ambiente de forma desagradable.

Yarrick se quitó educadamente el sombrero.

—¿Puedo hablar unos momentos con usted, *miss* McCann? —dijo.

Ella se echó a un lado. Al hacerlo, la bata se abrió, dejando ver unas piernas bastante bien torneadas. Ella no pareció impresionarse demasiado por el detalle.

—Entre, inspector.

Yarrick cruzó el umbral. Sheila apartó de un viejo diván unas prendas de ropa, que arrojó a un rincón sin ningún embarazo, y le indicó que podía tomar asiento.

—¿Una copa, inspector?

—Gracias, Sheila.

—¿Está de servicio, o es que no bebe? —preguntó ella, burlonamente.

—Bueno —dijo Yarrick, sin comprometerse a nada. Sacó la pitillera y ofreció cigarrillos.

Sheila tomó uno y se lo puso entre los labios, aspirando el humo cuando el joven le ofreció una cerilla. Deliberadamente, inclinó el

busto hacia adelante, como tratando de obligar a Yarrick a que mirase a través del amplio escote de la bata.

Pero a Yarrick había ciertos espectáculos que, según de quién procedieran, le dejaban completamente indiferente. Se retrepó en el diván y cruzó las piernas.

—Bien —dijo Sheila al cabo de unos instantes—, cuénteme usted, inspector.

—Se trata de Ray Tubbs.

La sonrisa se borró instantáneamente del rostro de la mujer.

—No tengo nada que decirle —contestó.

—Vamos, vamos, *miss* McCann —dijo Yarrick en tono conciliador—, no trato de que me destape sus trapos sucios. Sólo quiera que me diga dónde está.

—No lo sé, ni tampoco se lo diría aunque lo supiera. —La voz de Sheila era cortante, hostil.

—Pero si yo sólo quiero que me diga dónde está, *miss* McCann. No trato de obligarla a que me diga una casa diferente. Verá, quiero hablar con Tubbs, eso es todo.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, recelosamente.

—Clarissa Bennett.

Los labios de la mujer se apretaron.

—¿No le dijo ya lo suficiente cuando le interrogó?

—Es posible —convino Yarrick—. A pesar de todo, quiero volver a hablarle.

—El asunto de *mistress* Bennett está muerto y olvidado, inspector. El que la mató, ya pagó su crimen en la horca. ¿No ha leído los periódicos?

—Vi morir a Jackles, *miss* McCann.

Sheila se llevó una mano a la garganta. Sus ojos reflejaron temor.

—Ray no fue —dijo. Su voz carecía de firmeza.

—Lo sé. Presentó una coartada indestructible. A pesar de todo, sigo queriendo hablar con él.

—Le aseguro que no sé dónde está, inspector. —Sheila fumaba ahora nerviosamente—. Puede creerme, no trato de engañarle.

—La dueña de la pensión y Child manifiestan lo mismo. Hace cinco o seis días que no le han visto. Ha desaparecido, diciéndolo claramente.

—Es verdad —aseveró la mujer—. Hace casi una semana que yo no le veo.

—¿Le habrá sucedido algo malo? —sugirió Yarrick.

Sheila se mordió los labios. Esforzabase por recordar. ¿Cuándo había visto a Ray por última vez? Ah, sí, en «El Unicornio Rojo», hablando con un sujeto de aspecto insignificante. Por cierto, que la había dado plantón; se había ido con el tipo, los dos borrachos perdidos... y ya no le había visto más. Sin embargo, prefirió callar.

—Avíseme cuando le encuentre, inspector. Yo también tengo ganas de decirle unas cuantas cosas el día en que vuelva a verle. Pero, francamente —agregó—, no comprendo por qué tiene tanto interés en hablar con él.

Yarrick aplastó el cigarrillo contra un cenicero. Miró a la mujer fijamente.

—Usted declaró que Tubbs estaba a su lado en el momento de producirse la muerte de *mistress* Bennett.

—Sí, así lo declaré. Y volvería a repetirlo, inspector —contestó Sheila en tono desafiante—. Estuvimos de charla unas cuatro horas. El conserje del hotel corroboró nuestras declaraciones, ¿no lo recuerda?

—Lo recuerdo perfectamente —contestó Yarrick—. Sólo faltaría saber si los dos dijeron la verdad.

Sheila se puso en pie violentamente. Extendió la mano, sin importarle que, al hacerlo, la bata se le abriese por completo.

—Salga de mi casa, inspector. No tiene derecho en absoluto a molestarme, ¿me ha oído?

Yarrick se puso en pie. Recogió su sombrero.

—*Miss* McCann —dijo en tono apacible—, ¿ha oído hablar usted de las graves penas que se imponen en Inglaterra a los perjurios? Eso es todo; buenos días, *miss* McCann.

El inspector salió. Sheila se quedó sola en su habitación, terriblemente asustada. Tubbs no se dejaba ver hacía días... y, efectivamente, ella había cometido perjurio.

—Ray, maldito canalla —dijo furiosamente entre dientes—, ¿por qué diablos me obligaste a mentir?

Horas más tarde, el sargento detective Martin Payne encontró a su amigo el inspector Yarrick sentado ante su mesa de despacho, con expresión ausente, tan inmóvil como una estatua.

—¡Ah! —exclamó en tono chanchero—. Despierta, hombre. Pareces un *sheriff* de película, de esos que se pasan el día dormitando en su oficina. ¿Te ocurre algo? ¿O es que te acuerdas todavía de la ejecución de Jackles?

—Está relacionado con eso, aunque no en la forma que crees, Martin.

Payne se sentó en una esquina de la mesa.

—Ábreme tu corazón, Al. Cuéntame lo que te ocurre. Apoya la cara en mi hombro y llora a grifo abierto. ¿Qué es lo que encuentras sin resolver en el caso Bennett? ¿El segundo cómplice?

—Tú lo has dicho, Martin. El otro sujeto que fue coautor de la muerte de *Mrs. Bennett*.

—¿No has dado por ahora con una pista «potable», Al?

—Tengo una... pero el sospechoso demostró cumplidamente su inocencia, quiero decir que presentó una buena coartada.

—Entonces, no podrás hacer nada contra él. Es Ray Tubbs, ¿no es cierto?

—Sí. Pero Tubbs no fue juzgado y absuelto, lo cual impediría un nuevo procedimiento contra él, sino solamente interrogado y descartado, a resultas de las investigaciones, Martin.

—Lo cual significa que si pudieses demostrar la falsedad de la coartada, podrías poner a Tubbs en un brete.

—Ciertamente.

—Y, ¿piensas hacerlo?

—Primero tengo que averiguar de modo concluyente que sus testigos cometieron perjurio. Después...

—Después, ¿qué, Al?

—Es preciso encontrar a Tubbs, Martin. Ha desaparecido.

El verano había pasado ya y el otoño doraba las hojas de los árboles. La vida de *Steering House* se deslizaba plácidamente, sin estridencias de ningún género. *Penélope Shatton* atendía a *Mr. Cross* debidamente y *Mr. Cross* se sentía muy satisfecho con los servicios de la joven, hasta tal punto de que, a las ocho semanas de su estancia en *Steering House*, le había aumentado el sueldo en media libra más a la semana. *Penélope* había agradecido el aumento con corteses palabras y *Mr. Cross* le había dicho que le hubiera gustado pagarle mejor, pero que, por el momento, sus negocios, si no marchaban del todo mal, tampoco rendían lo suficiente para un

aumento más substancioso. Esperaba, no obstante, agregó, poder mejorar las condiciones económicas en un futuro no muy lejano.

Por su parte, aun contando con las metódicas rarezas de *míster Cross*, Penélope se sentía muy satisfecha de la vida. El trabajo no era excesivo, sobre todo contando con que, con permiso de *míster Cross*, una mujer venía todas las semanas a hacer limpieza general de la casa, con lo cual evitaba a la joven una de las tareas más penosas. Por supuesto, la limpieza no alcanzaba al cuarto de trabajo de *míster Cross*, el «cuarto de Barba Azul», como ella le llamaba. *Míster Cross* sacaba personalmente su basura y ni siquiera consentía que Penélope la llevase hasta el incinerador situado en la parte posterior de la casa. Ésta era otra de las labores de *míster Cross* realizaba personalmente, sin delegar en nadie y, para la joven, una manía más, que ya carecía de importancia, a fuerza de haberse acostumbrado a ella.

En más de una ocasión se había preguntado qué podría hacer *míster Cross* en aquella habitación. Pero fiel a su compromiso y temerosa de ser despedida de un empleo que, si bien no era altamente remunerador, al menos la permitía vivir con comodidad y no exceso de trabajo, se había abstenido de llegarse hasta la habitación del corredor, excepto en las pocas ocasiones que realmente había tenido necesidad de hacerlo.

Otra de las cosas que *míster Cross* le había advertido era su discreción en las relaciones con los vecinos, regla que Penélope observaba puntualmente. Por supuesto, los tenderos de Hamfield Village habían intentado sonsacarla cuando iba a hacer las compras; pero ella se había mostrado siempre encerrada en una cortés reserva. Finalmente, los tenderos habían acabado por dejarla en paz y, como pagaba en efectivo y sin regatear, la atendían muy bien.

Aquella tarde, después de terminar sus tareas y mientras esperaba la hora de servir el té, Penélope se dirigió a su cuarto. *Míster Cross* le había concedido un día a la semana para sus asuntos particulares y el lunes —era sábado—, pensaba ir a Londres. Se miró al espejo, frunciendo el ceño.

«Penélope —monologó—, tienes veintisiete años y conservas el tipo. Pero aquí corres el riesgo de momificarte. Bien está que guardes el recuerdo de tu esposo, pero ¿no crees que aún estás a tiempo de buscar un hombre honrado y decente con el cual rehacer

tu existencia? ¿Vas a estar toda tu vida encerrada en este poblacho, muy sano, sí, pero mortalmente aburrido y donde se carece en absoluto de toda relación social?

»Por otra parte, ¿a dónde vas a ir? Prácticamente, no gastas nada. La comida te sale gratis y aún conservas buena parte de tu vestuario. Para lo poco que sales, tienes suficiente al menos hasta el año que viene. Claro que lo lógico sería seguir la moda, pero si no haces vida de relación, con tal de vestir discretamente, está bien con lo que tienes».

De repente se sintió desalentada. Había amado y cuidado fielmente a su esposo, pero estimaba que a sus veintisiete años, aún tenía derecho a sentir amor nuevamente. ¿Cómo iba a conseguirlo si seguía enclaustrada en *Steering House* durante el resto de sus días?

Absorta en sus poco optimistas pensamientos, no se dio cuenta de que el tiempo pasaba velozmente, hasta que oyó las campanadas de las cuatro y media en el gran reloj del vestíbulo. Entonces reaccionó y se dirigió con paso rápido hacia la salida de su dormitorio.

Cuando terminó de preparar el té, se encontró con la sorpresa de que *míster Cross*, contra su costumbre, estaba en el saloncito. Ordinariamente, *Penélope* llevaba el servicio del té hasta la puerta del taller, llamaba y luego se retiraba. Aquel día, *míster Cross* había decidido tomarlo en el saloncito de la planta baja.

Míster Cross parecía muy entretenido en la lectura del «*Mirror*», lo cual no le impidió percatarse de la presencia de la joven.

—¿*Mistress Shalton*?

—Sí, *míster Cross*.

—Pasado mañana, lunes, es su día de salida, creo.

—Ciertamente, *míster Cross*.

—Perfectamente. Usted regresará el lunes por la noche y yo me ausentaré un par de días. Posiblemente volveré el miércoles o el jueves al atardecer.

—Sí, *míster Cross*.

—Esto es todo por ahora, *mistress Shatton*. Puede dejar el servicio del té; vuelva dentro de una hora.

—Como guste, *míster Cross*.

Penélope regresó sesenta minutos después. El «*Mirror*» yacía descuidadamente sobre el diván. En su primera página podían

leerse unos gruesos titulares:

EL PROXIMO JUEVES SE CUMPLIRÁ LA SENTENCIA
DE PENA CAPITAL DICTADA CONTRA STANLEY
HOLDER

Penélope meneó la cabeza. Un desgraciado moriría antes de que se acabase la semana que aún tenía que venir. La sociedad exigía una reparación por el quebrantamiento de ciertas normas, y Holder iba a pagar sus culpas. Lanzó un suspiro. La vida era así. ¿Qué podía hacer ella?

Cogió el «Mirror» con ánimo de plegarlo adecuadamente. Entonces, un papel se escurrió al suelo, desde las páginas del periódico.

Penélope se agachó a recoger el papel, que no era otra cosa que un mensaje telegráfico. Instintivamente, sin poder dominarse, leyó el contenido del mensaje, muy breve por otra parte:

ACTUACIÓN, PROXIMO JUEVES
K.

Algo chocó de súbito contra la mente de la joven. La ejecución de Holder..., la ausencia de míster Cross... ¡Dios mío! ¿Para quién servía de ama de llaves? ¿Cuál era la *real* profesión de míster Cross?

Una voz que sonó a sus espaldas la asustó terriblemente.

—*Mistress* Shatton —dijo míster Cross suavemente—, me he dejado aquí un telegrama que recibí esta misma tarde.

Ella se volvió. Tenía la cara tan blanca como el yeso del techo.

—Sí..., míster Cross. Lo... lo encontró caído en el suelo... Precisamente ahora acababa de recogerlo...

El rostro de míster Cross estaba limpio de toda expresión. Silenciosamente, sin causar el menor ruido con sus suelas de goma, avanzó hacia la joven y le tomó el telegrama que ella sostenía aún con mano temblorosa.

—Ha sido usted muy amable, *mistress* Shatton. Puede continuar con su labor.

—Sí, míster Cross —contestó ella, sintiéndose invadida por un

miedo indescriptible. Los ojos de míster *Cross* le infundían pánico en aquellos instantes.

Suavemente, apaciblemente, con la misma tranquilidad y silencio que había vuelto a entrar en el saloncito, míster *Cross* se alejó, dejando sumida a la joven en un mar de confusiones y de sentimientos contradictorios, entre los cuales el miedo figuraba en primer lugar.

CAPÍTULO VII

Los observadores ojos del inspector Yarrick captaron al instante la esbelta silueta de la joven que acababa de detenerse ante un escaparate donde se exhibían «cosas de mujer». El rostro de la mujer, muy agraciado, le pareció conocido.

Yarrick frunció el ceño. ¿Dónde había visto antes de ahora a aquella atractiva joven? De pronto recordó.

Se acercó a ella y se descubrió cortésmente.

—Perdóneme... —dijo.

La joven se volvió a mirarle. En los primeros momentos, su rostro reflejó cierta extrañeza.

—¿No es usted Penélope Cantryn? —preguntó él.

—Ése era mi nombre de soltera... ¡Al Yarrick! —exclamó de súbito la joven—. ¡Qué agradable casualidad, encontramos al cabo de tantos años!

—Celebro infinito volver a verte, Penny. ¿Recuerdas? Te llamábamos todos así. Pero. —Yarrick frunció el ceño—, creo que has dicho que Cantryn era tu apellido de soltera. ¿Estás casada?

Ella movió la cabeza.

Mi marido murió hace cerca de un año. Quizá tú también lo conociste. Era Bill Shatton.

—¡Bill Shatton! ¡Claro que sí! ¿De modo que murió? Pobre muchacho; no sabes cuánto lo siento, Penny.

¿Resulta indiscreto preguntarte de qué enfermedad falleció?

—Artritis progresiva. Hasta que le alcanzó al corazón.

—Repito que lo siento, Penny. Discúlpame, ¿quieres tomar una taza de té en el

«Lion's»

de la esquina?

Penélope sonrió.

—Conforme, Al. Estás hecho todo un hombre. La última vez que te vi...

—Hace nada menos que diez años ya, Penny. Tú sí que estás guapa. No han pasado los años para ti, te lo aseguro.

—Serán veintiocho los próximos que cumpla, Al —suspiró ella, riendo.

Entraron en la cafetería. Ocuparon una mesa y el joven encargó té y pastas.

—Pues nadie apostaría que tienes más de veintidós o veintitrés, Penny. ¿Cómo te las arreglas para conservar un aspecto tan lozano? Incluso tienes el rostro agradablemente tostado. ¿Es que no vives en Londres?

—No. Resido en Hamfield Village. Al morir Bill tuve que ponerme a trabajar. Le contó brevemente alguna de sus peripecias. Estoy muy contenta con el empleo, Al.

—Lo celebro mucho, Penny.

—¿Y tú, qué haces? Si mal no recuerdo, ibas para abogado. Yarrick sonrió.

—Lo dejé cuando me faltaba un curso. Ingresé en la Policía Metropolitana. Ahora soy inspector del C. I. D.

—Una profesión arriesgada, Al —observó ella.

—No más que otra cualquiera —respondió Yarrick. Su rostro se animó de repente—. ¿Sabes?, me alegra mucho haber vuelto a verte.

—Lo celebro, Al —sonrió ella—. Siempre es agradable encontrarse con antiguos amigos. Verdaderamente, cuando salí hoy de Hamfield Village no se me ocurrió que podía tropezarme contigo.

—Ha sido una afortunada casualidad, Penny. De modo que haces de ama de llaves.

—Así es, Al.

—¿Qué días tienes libres a la semana?

—¡Cuidado! —rió ella—. No trates de conquistarme.

—Tú me esquivabas cuando éramos poco más que unos chiquillos. Claro que te sobraban admiradores y era lógico que escogieras a tu gusto. Hoy se dice que eso es debido a la ley de la

oferta y la demanda.

—Bueno, como dices tú, entonces era una chiquilla.

—Y Bill Shatton tenía la culpa de una buena parte de tu desvío hacia mí. De todas formas, hablando imparcialmente, te diré que era la mejor elección que pudiste hacer.

—Gracias, Al —dijo ella, perdiendo la sonrisa por un momento—. Sí, Bill fue un magnífico esposo. Me dolió mucho su muerte.

Soy un estúpido, dispénsame.

—Oh, no hagas caso —sonrió Penélope de nuevo. Le miró a la cara—. De modo que detective inspector, ¿eh? Nada menos que todo un personaje del Yard.

—Hay muchos más como yo, Penny; no te envanezcas demasiado de tus conocimientos.

En aquel momento, antes de que ella pudiera darle una respuesta, un hombre se acercó a la mesa.

—Al, hace rato que te estoy buscando —dijo Martin Payne—. Excúseme, señora.

—Penny —dijo Yarrick—, éste es mi buen amigo el sargento Payne. Martin, te presento a *mistress* Shatton.

—¿Cómo está, *mistress* Shatton? Le ruego me excuse de nuevo. Al, es muy importante —dijo el sargento.

Yarrick lanzó un suspiro de resignación, mientras se ponía en pie.

—Perdona, Penny. —Se separó un par de pasos de la mesa y habló brevemente con su amigo. Cuando Payne terminó su relación, preguntó—: ¿Es cierto eso?

—Absolutamente, Al. Hace ya rato que conozco la noticia y como sé que te interesas por el caso, me he puesto a buscarte como un loco. ¿Vendrás?

Yarrick dudó un instante. Precisamente, ahora que acababa de encontrarse con Penélope, al cabo de tantos años...

—Está bien —dijo resignadamente—. Aguárdame en la puerta; salgo dentro de un minuto.

—Bien, Al.

Yarrick se acercó a la mesa.

—Lo siento, Penny —dijo—. Ésta es la vida de un policía. Cuando más tranquilo estás, vienen a buscarte.

—No te preocupes, Al —sonrió ella, apaciblemente—. Por mí,

estás disculpado.

—Me gustaría volver a verte de nuevo. ¿Quieres dejarme tu dirección?

—Claro —contestó Penélope. Se la dio y Yarrick la anotó en una libreta de notas. De pronto, ella se preguntó si *míster Cross* estimaría correcto que recibiese visitas en *Steering House*. Éste era un punto que no habían tocado, pero ya que se había encontrado con Al, tendría que hablar con *míster Cross* acerca del asunto—. De todas formas, tengo todos los lunes libres. Estaré aquí a las cuatro el próximo lunes, Al.

—Procuraré no faltar, Penny. —Yarrick estrechó con firmeza la mano de la joven—. Suponiendo, claro está que no venga un compañero a desempeñar el papel de aguafiestas.

Cuando Yarrick salía por la puerta, Penélope sé preguntó si no había obrado bien al callar lo que había podido observar en *míster Cross*. ¿Se lo preguntaría el próximo día?

El encargado de la «Morgue» entregó a Yarrick un trozo de gasa impregnado en una fuerte solución de ácido fénico.

—Póngase esto delante de las narices, inspector —dijo—. No huele bien, pero es que lo que va a ver aún huele peor.

—Gracias —contestó el joven. A su lado, Payne tenía otra gasa semejante.

El empleado de la «Morgue» les condujo hasta una serie de frigoríficos, donde se conservaban los cuerpos de las personas muertas violentamente. Había allí dos hombres, el inspector Keats y el detective Wildey. Yarrick los saludó a ambos.

El empleado tiró de un cajón hasta sacarlo del todo. Había un bulto cubierto por una sábana. El empleado la apartó a un lado.

Yarrick respingó. Había visto muchas cosas en su vida, pero aquello superaba a todo cuanto había podido presenciar.

—Es el cadáver de Ray Tubbs —informó el inspector Keats.

—¿Cómo lo han sabido? —preguntó el joven. El rostro estaba roído por las ratas, así como buena parte de su cuerpo. La carne que — quedaba era un informe amasijo de sustancias en descomposición.

—Una de las yemas de sus dedos se conservaba en buen estado —repuso Keats—. Obtuvimos la huella y por ahí sacamos su identidad.

—Pero ¿dónde ha estado hasta ahora? Por las trazas, parece haber, muerto hace varios meses.

—El forense ha informado que lleva al menos tres meses muerto —dijo el inspector—. Lo encontró el capitán de un remolcador a pocas millas del estuario del Támesis, flotando sobre las aguas. Dio parte a la policía fluvial y ésta nos pasó el caso a nosotros. Como sé que usted tuvo que ver con Tubbs, hice que le buscaran.

Yarrick. Pensé que podría tener interés en conocer la noticia de su muerte.

—Ha sido usted muy amable, Keats —contestó el joven—. Pero ¿se sabe cómo ha muerto?

—Encontramos rastros de una cuerda que le había estrangulado. Desnucado está mejor dicho. El inspector Keats soltó una risita. Cualquiera diría que fue ahorcado por el verdugo.

—¿Y la cuerda?

—No encontramos el menor rastro de ella. Tubbs debió permanecer mucho tiempo inmerso en el agua. Éste es lo que ha producido la putrefacción de la sogá y los destrozos que las ratas causaron en su cuerpo.

—¡Las ratas! —exclamó el joven vivamente.

—Así es —confirmó Keats.

—Eso querría decir, entonces, que el cadáver de Tubbs ha permanecido durante largo tiempo en una cloaca antes de aflorar en el Támesis.

—Una hipótesis muy razonable, colega —dijo Keats. Movi6 la mano y el caj6n, con su fúnebre carga volvió a su sitio.

—Mucho tiempo en una cloaca —repiti6 el joven pensativamente—. Posiblemente, después de ser asesinado, lo arrojaron a la alcantarilla, pero debíá ser algo estrecha para su corpulencia...

—Se hubiese producido un atasco y entonces las brigadas de limpieza habríán tenido que actuar, con lo que el cuerpo habríá tenido que ser hallado mucho antes —manifest6 Keats—. Eh mi opini6n, se enganch6 por las ropas a algúñ saliente y, cuando el tejido se corrompi6, la corriente de la alcantarilla le arrastr6 hasta el Támesis.

Caminaron hacia la salida.

—Me pregunto qui6n podríá tener interés en matar a Tubbs —

dijo Payne.

—Era un sujeto de vida nada recomendable; como dicen los franceses, un tipo del *milieu*. Esa clase de gentes siempre tienen enemigos. Un ajuste de cuentas, quitó —sugirió Keats. Ya estaban fuera de la «morgue»—. En fin, Yarrick, si me necesita para algo, llámeme.

Poco después, Yarrick y su amigo estaban en el despacho del primero ante sendas tazas de té. El joven miró a través de la ventana, hacia el cielo que ya empezaba a nublarse.

—Te preocupa la muerte de Tubbs, Al —dijo Payne.

—Si te dijera que no, mentiría, Martin.

—¿Se te ocurre alguna hipótesis?

—La del ajuste de cuentas que expresó Keats podría parecer acertada, si no fuera por... —Yarrick se interrumpió de repente y quedó en actitud meditabunda.

—Si no fuera, ¿por qué, Al?

El joven se volvió de pronto hacia su compañero.

—Lo que más me confunde de todo esto es que Tubbs desapareciera dos días antes de la ejecución de Jackles. Desde entonces, nadie le ha vuelto a ver. ¿Quién lo mató? ¿Por qué lo mató?

—Tú sostuviste siempre que Tubbs fue el hombre que había matado a *mistress* Bennett.

—Sí; y pondría la mano en el fuego a favor de mi tesis.

—Pero entonces la coartada que presentó era falsa. Lo cual indica que sus testigos cometieron perjurio. ¿No puede ser que les prometiera un buen pico de dinero por testificar a su favor y luego, no habiéndoles querido pagar, le asesinaran?

Los ojos de Yarrick se iluminaron.

—Sí, es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, Martin. Había dos testigos; uno, la mujer que estaba, mejor dicho, que manifestó que estaba con Tubbs en el momento de cometerse el crimen; otro, el portero de la casa donde se hallaba Tubbs y el individuo. Éste se llama Dick Taylor.

—Pero si Tubbs pudo presentar una coartada falsa, ¿por qué Thomas Jackles no hizo lo mismo?

—Encontraron la huella de su pulgar en un medallón que la víctima llevaba al cuello. Eso fue lo que le perdió y acabó

confesando, pero nunca quiso decir el nombre de su cómplice.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer, Al?

La mirada del joven volvió a vagar a través de la ventana.

—La mujer, Sheila McCann, manifestó que no sabía nada del paradero de Tubbs. Pero, entonces, yo no interrogué a Taylor.

—¿Vas a ir ahora, Al?

El joven consultó su reloj.

—No —decidió tras breves segundos de reflexión—. Quiero dejar que Taylor lea los periódicos y se entere de la noticia. Esto le hará meditar... y quizá se sienta inclinado a cooperar con nosotros.

—Sobre todo, si le amenazas con echarle el Código encima, por perjurio —dijo Martin Payne.

CAPÍTULO VIII

Sheila McCann caminaba garbosamente en dirección a la conocida taberna «El Pez Volador», cuando, de repente, un cortés caballero se situó a su lado y, destocándose cortésmente, le enseñó un fino pañolito de encajes.

—Perdón, señorita —dijo el caballero con voz de timbre modulado—, se le cayó el pañuelo.

Sheila detuvo su andar. Miró el pañuelo y luego al caballero.

—Creo que se confunde —dijo sonriendo—. Llevo el bolso cerrado. Quizá se le cayó a alguna otra mujer. No es mío.

El rostro del caballero expresó consternación.

—¡Oh, qué lástima! Al verlo en el suelo, pensé que podría ser de usted, señorita. —Volvió a pegar otro sombrerazo—. Discúlpeme si la he molestado; no fue esa mi intención.

—En absoluto —contestó Sheila—, no me ha molestado usted.

—Sentiría que me hubiese tomado por un donjuán callejero, señorita —dijo míster Bennett—. Nunca suelo abordar a personas desconocidas; pero en este caso me pareció prudente una excepción. Y me gustaría poder hacer algo para conseguir que me excuse.

Sheila sonrió amablemente. El caballero parecía tan cortés y educado... No era como los tipos a quienes, por razón de su profesión, se veía obligada a tratar diariamente. Claro que no era un joven precisamente y su aspecto físico tampoco era el de «Míster Universo», pero Sheila no solía tener en cuenta las apariencias cuando se trataba de ganar algunas libras para el condumio diario. Y aunque el caballero no fuese un Adonis, la desventaja física quedaba sobradamente compensada por su cortesía y la urbanidad de que hacía gala constantemente. Además, vestía ropas bastante buenas y era muy atildado el resto de su vestimenta. Sheila pensó

que si le hacía un par de arrumacos, como ella sabía hacerlos cuando la ocasión lo requería, bien podría sacarle tres o cuatro libras. Estos tipos, a la hora de pagar, no suelen ser roñosos, pensó.

—Bien —dijo moderadamente—, si tanto insiste, le dejo que me invite a una copita en «El Pez Volador», señor...

—Llámeme John simplemente —dijo míster Bennett con una cálida sonrisa—. Los ingleses tenemos fama de ceremoniosos, pero a mí me disgusta sobremanera el protocolo.

—Mi nombre es Sheila —sonrió ella—. Venga conmigo, John. No sabe cuánto celebro este encuentro. Preveo que usted y yo vamos a ser muy buenos amigos.

Naturalmente, Sheila no dijo, a míster Bennett, que «El Pez Volador» era uno de sus varios centros de *operaciones*. Cuando quería, Sheila sabía adoptar una expresión virtuosa, que la habría hecho aparecer como una joven digna, celosa en todo momento de su buen nombre. Claro que luego se dejaría conquistar y...

Momentos después, Sheila y míster Bennett se hallaban en el *pub*, ante dos copitas de jerez; Sheila no había querido tomar nada más fuerte porque, según ella, no estaba acostumbrada a ciertas bebidas que causaban horribles estragos en el organismo y ella quería conservarse «siempre joven y no mal parecida, ¿no es cierto, John?». Míster Bennett asintió cortésmente y después de la primera copa encargó otra y a continuación una tercera. Mientras tanto, Sheila se había dado cuenta de que el rostro de John le «sonaba» conocido, aunque no lograba situar la ocasión exacta en que lo había visto anteriormente. Estaba mucho más ocupada en hacer resaltar sus prominentes encantos pectorales, que era uno de los anzuelos con que Sheila solía hacer «picar» a sus clientes.

La tercera copa desató un poco las lenguas. Sheila dijo que se sentía muy sola y que, aunque su amigo John era algo mayor, aún tenía un aspecto bastante agradable; pero, por encima del aspecto, estaba la distinción de sus modales. Era una muchacha sola, suspiró, hinchando el busto con grave riesgo para la integridad de los tejidos que lo contenían con grandes dificultades, y hasta entonces no había encontrado la mano fuerte que la sostuviera por el duro y áspero camino de la vida. A lo que míster Bennett le dijo que era una verdadera lástima y que casi coincidían en sus respectivas existencias, porque él también estaba solo hacía muchos años y, a

veces, dijo, la soledad le abrumaba; sobre todo, cuando no tenía un alma gemela con quien conversar o, simplemente, compartir el silencio, durante los momentos de augusta meditación a que solía entregarse con alguna frecuencia.

La cuarta copa aumentó el entusiasmo de Sheila por aliviar la soledad de su nuevo amigo. Éste, en tono confianzudo, le dijo que vivía fuera de Londres, en una casita encantadora, y que un día le gustaría invitar a Sheila a tomar el té con él, suponiendo que ella quisiera aceptar la invitación. Sheila se mostró entusiasmada ante la idea y dijo que vivir en el campo había sido siempre su máxima ambición; una vida tranquila, plácida, sana, sin los estrepitosos ruidos de la ciudad ni los sobresaltadores altibajos de la feroz lucha por la existencia que era preciso sostener en una gran capital como era Londres. Entonces míster Bennett, al observar el entusiasmo de la joven, pidió la quinta copa y dijo que era una lástima que ya se hiciese un poco tarde, ya que, de no haber sido así, le habría gustado invitarla a ver su mansión. La quinta copa animó aún más a Sheila, la cual dijo que la hora no significaba para ella ningún obstáculo y —que, como vivía sola, no tenía por qué dar cuenta a nadie de sus actos. Entonces, míster Bennett le dijo que tenía su coche aparcado a dos manzanas y que si querían acompañarle, en menos de una hora podrían estar en su casa. Sheila dijo que sí, pero le hizo una advertencia, poniendo cara de chica buena:

—John, querido —dijo—, voy a ir contigo, pero habrás de prometerme que te portarás bien. Soy una chica decente y no me gustaría que mi nombre anduviera en lenguas de la gente. Me comprendes, ¿no es así?

Mr. Bennett tomó la mano de Sheila y la besó con correcto apasionamiento.

—Nadie mejor que yo para cuidar de tu reputación, querida. Te aseguro que después de tu visita a mi casa, nadie tendrá que decir ya nada más de ti, Sheila. —Si Sheila hubiese captado el oculto significado de aquellas palabras, habría echado a correr inmediatamente, atropellándolo todo, en busca de protección policial.

* * *

Cuando *Mr. Bennett* hubo abierto la puerta de la casa y Sheila pasó bajo el umbral, la joven empezó a elaborar rosados sueños

para el porvenir.

La casa era antigua, indudablemente, pero muy bien conservada, y aunque la decoración resultaba pasada de moda, no se podía negar que el conjunto poseía un aire acogedor y hogareño, que prestaba un indiscutible atractivo al ambiente, en especial para Sheila, habituada a vivir en pensiones baratas y mal acomodadas. La vida en el campo carecía en absoluto de alicientes para ella; pero —pensó—, si lograba echar el guante al bueno de John, al simpático y caballeroso John; harían frecuentes escapadas a Londres, con el fin de combatir el tedio de la existencia campestre. Además, ella, una joven dama, necesitaría ir a la capital de tanto en tanto para reponer su vestuario, peluquería, salón de belleza, etc., etc., porque cabía suponer que en aquel poblacho los establecimientos correspondientes serían una solemne porquería. El «etc.», para Sheila, significaba correrse una buena juerga cuando el cuerpo se lo pidiese, en unión de sus amigos, de lo cual, naturalmente, el buen John no debería enterarse.

Mientras elaboraba tales sueños, *Mr. Bennett* la acompañaba por las distintas dependencias de la casa, enseñándosela al mismo tiempo que le daba las oportunas explicaciones. Finalmente, llegaron ante una puerta que estaba cerrada y Sheila, curiosa, preguntó qué era aquello. *Mr. Bennett* contestó que su cuarto de trabajo y le dijo que tendría mucho gusto en enseñárselo. Sheila accedió encantada; era preciso, se dijo, conocer los medios de trabajo con los que «el buen John» se ganaba la vida.

Mr. Bennett abrió la puerta y se echó a un lado para que Sheila pasara al interior del cuarto. Y en el mismo momento, los rosados sueños de Sheila se disiparon en una estruendosa noche, producida por el seco impacto de un objeto contundente sobre su nuca.

Lo primero que vieron los ojos de Sheila McCann al despertarse fue la imagen de su anfitrión, sentado cómodamente frente a ella, con las piernas cruzadas. *Mr. Bennett* permanecía serio, callado, esperando pacientemente a que Sheila hubiese recobrado el conocimiento, y siguió callado todavía hasta que ella hubo adquirido la plena consciencia de lo que le sucedía.

Un sudor frío inundó su cuerpo súbitamente.

—¡John! —exclamó—. ¿Por qué me golpeaste? Yo no te hice nada...

Quiso moverse, y en el mismo instante advirtió que estaba atada a una silla por los hombros, la cintura y los tobillos. Incluso los brazos habían sido echados hacia atrás y los tenía sujetos al respaldo de su asiento.

—Te equivocas, Sheila —dijo *Mr. Bennett* en tono— glacial. No levantó la voz, pero por ello mismo, resultaba su acento aún más aterrador.

—¡John! —chilló Sheila, lívida de espanto—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué es lo que vas a hacer conmigo? ¡Suéltame, te lo ruego!

Pero *Mr. Bennet* no se movió. Las lágrimas resbalaron por el rostro de Sheila, dejando en sus mejillas unos horribles churretones negros. Tremendas y espeluznantes historias, en las cuales eran protagonistas sádicos individuos de aspecto inocuo a primera vista y mujeres jóvenes, acudieron inmediatamente a su memoria.

—¡John!, ¡te lo ruego! —dijo, temblando de pavor.

—¿Te acuerdas de Ray Tubbs? —dijo él de pronto.

—¡Ray! —exclamó Sheila aterrada—. ¿Qué le ocurrió?

—Fue uno de los dos hombres que asesinaron a mi mujer. En particular, él fue quien la sedujo y la arrancó de mis brazos, lanzándola a una vida de vicio y depravación. Después, en unión de un tal Thomas Jackles, la asesinaron para que no les delatase en cierto asunto delictivo que habían llevado ambos a cabo. Tú juraste ante la policía y el encargado de la investigación que, a la hora del crimen, Tubbs estaba contigo, ¿no es así?

El labio inferior de Sheila tembló visiblemente.

—Me amenazó con matarme si no lo hacía —contestó plañideramente—. Bay era un hombre violento, hubiera cumplido su palabra... ¿Qué podía hacer yo?

—En primer lugar, haber acudido a la policía para pedir protección. Pero Ray Tubbs no necesitó amenazarte, Sheila: bastó que te hiciera una leve insinuación, para que tú, loca por él, declarases lo que te pidió. ¿Es cierto o no es cierto?

—Sí..., pero..., ¿quién era tu mujer?

—Clarissa Bennett.

Sheila miró a *Mr. Bennett* con ojos de loca. En un instante lo comprendió todo y se maldijo a sí misma por su estupidez en haber aceptado la invitación. Pero lo expresó a voz en cuello, chillando con toda la potencia de sus pulmones, con una voz que hacía vibrar

los cristales de las ventanas.

Mr. Bennett aguardó pacientemente a que Sheila se hubiese quedado sin aliento.

—Es Inútil, que grites, querida —dijo sosegadamente—. La casa está herméticamente cerrada y nadie oirá tus alaridos. Ni siquiera está la mujer que me cuida; precisamente, hoy es su día Ubre.

Se puso en pie y dio dos pasos hacia la joven, quien le contemplaba con ojos desorbitados.

—Siento tener que haber recurrido a ti —continuó *Mr. Bennett*, sin perder su impasibilidad habitual ni dar a su voz tonos estridentes en ningún momento—. Pero tu pérdida no será lamentada por nadie, ni la sociedad se sentirá ultrajada por la muerte de una profesional del amor. Mujeres como tú las hay a docenas... —Las facciones de *Mr. Bennett* se crisparon súbitamente—. Un canalla convirtió a mi esposa en una ramera como tú, y tú ayudaste luego a que ese hombre se salvara de una sentencia dictada justamente.

Sheila ya no gritaba; había perdido las fuerzas por completo.

—Además —dijo *Mr. Bennett*—, necesito practicar. Pasado mañana tengo un trabajo especial y no quisiera fallar. Porque soy el verdugo, ¿sabes?

Se situó tras ella y cogió el lazo que pendía del techo, y que Sheila no había podido ver por tenerlo a sus espaldas. Luego lo pasó por la garganta de la joven, ahuecando cuidadosamente sus cabellos, a fin de que no fueran atrapados por la cuerda al estrecharse.

Mr. Bennett ajustó el nudo. Sheila empezó a chillar de repente. *Mr. Bennett* movió la cabeza con gesto de desaprobación.

—Los gritos son inútiles, repito; pero si quieres desahogarte, no te lo impediré.

A continuación echó mano al bolsillo y sacó un trapo negro. Era un capuchón que se había fabricado recientemente, cuando ideó la muerte de Sheila. Aún se acordaba de la horrible deformación de las facciones de Tubbs y no quería volver a presenciar de nuevo un espectáculo tan poco agradable. Los gritos de Sheila perdieron volumen al instante. Sonaban como si viniesen de muy lejos, del más allá...

Mr. Bennett se retiró dos pasos y contempló su obra, lleno de

una morbosa satisfacción. Por un instante, se preguntó qué se sentiría al precipitarse en el vacío, con la cuerda al cuello. Luego, sin vacilación alguna, tiró de una palanca.

La trampa se abrió y Sheila McCann cayó a plomo.

El último alarido fue cortado en seco por el brutal estrechón de la cuerda.

Mr. Bennett se asomó al negro hueco que acababa de abrirse a sus pies. El trabajo de construir una trampa que funcionase adecuadamente merecía la pena por el resultado obtenido.

Luego empezó a pensar qué podría hacer con el cadáver de Sheila. En su nuevo domicilio no tenía una cloaca a su disposición, como en la casa anterior. Algo tendría que hacer —se dijo—, mientras, con pasmosa sangre fría, se encaminaba hacia la cocina para prepararse algo de comer.

CAPÍTULO IX

Penélope Shatton se despertó de repente, sobresaltada bruscamente, sin saber las causas con exactitud. Le pareció que algo había sucedido muy cerca de ella, algo tremendo y trágico, aunque, de momento, se sentía absolutamente incapaz de definir exactamente lo que era. Nerviosa e inquieta, se sentó en el lecho, mirando hacia la ventana, por la cual penetraba en aquellos momentos un rayo de luna.

Una vez más volvieron a su mente las aprensiones concebidas el día anterior, cuando leyera el telegrama dirigido a *Mr. Cross*. Trató de convencerse a sí misma de que sus pensamientos no eran ciertos, que sólo eran el producto de una mente calenturienta y exaltada; pero la idea se había aferrado a su cerebro con fuerza y le resultó imposible desprenderse de ella.

¿Estaba sirviendo de ama de llaves al verdugo de Inglaterra? Imposible, se dijo, una y otra vez. Pero la coincidencia en la ausencia de *Mr. Cross* y el misterio en que se desenvolvía la vida de éste, la inclinaban a pensar en lo peor. Claro que, bien mirado, un verdugo mataba por imperativo de la ley, era el brazo ejecutor de la Justicia. Sin embargo, ella no sentía ningún placer en servir el té a un individuo encargado de cortar vidas humanas, por muy legalmente que lo hiciera. Se preguntó a sí misma si debía inquirir de *Mr. Cross* la clase de oficio que practicaba; pero, al mismo tiempo, pensó que *Mr. Cross*, probablemente, le contestaría con evasivas; eso, si no la enviaba a paseo, con mucha educación, desde luego, pero a paseo. Y lo malo del caso, paradójicamente, era lo bueno, era que... ¡se estaba tan bien en *Steering House*!

De pronto se acordó de un detalle. ¡Vaya, qué tonta! Podía haberlo recordado antes. Ya tenía a quién le solucionase aquellas

dudas, sin necesidad de enfrentarse directamente con *Mr. Cross*. Al Yarrick podía enterarse muy bien del nombre del verdugo y había entre los dos la suficiente amistad para que le confiase el secreto. En tal caso, continuó con sus soliloquios mentales, se despediría de *Mr. Cross*, con mucho sentimiento, eso sí, puesto que *Mr. Cross*, hasta aquel momento, no había podido portarse mejor con ella. Naturalmente, se quedaría de nuevo sin trabajo, pero tenía más de sesenta libras ahorradas, con las cuales podría subsistir durante algún tiempo, hasta hallar una nueva colocación. Y, ¿quién decía, además, que Yarrick mismo no se lo proporcionara? En Scotland Yard había muchas mujeres que servían como oficinistas, y ella no era tan mala como para no poder desempeñar cumplidamente un empleo semejante.

Sus últimos pensamientos la confortaron bastante. Pero, aun así, no podía conciliar el sueño. Consultó el relojito que tenía sobre la cabecera del lecho; eran las seis de la mañana. Todavía faltaba más de una hora para que se divisaran las primeras claridades de la aurora.

Lanzó un suspiro y apartó a un lado la ropa de la cama. Pensó nuevamente en Al Yarrick. Un buen muchacho, evidentemente. Y con un magnifico porvenir. ¿Cuántos años tenía ahora? Treinta y uno o treinta y dos. Y seguía soltero, ya que, de lo contrario, se lo habría participado el día antes, cuando estuvieron charlando en el «Lion's».

Se sorprendió a sí misma al reparar en tales pensamientos. «¿Es que ya estás pensando en cazarlo?», se dijo, un tanto avergonzada de sí misma.

Atándose los cordones de la bata, se acercó a la ventana, todavía sin haber encendido la luz. Miró hacia el cielo; las nubes corrían rápidamente, aunque con bastantes claros, entre los cuales surgía de cuando en cuando el satélite en fase de luna llena. En aquellos momentos, derramaba toda su claridad sobre la tierra.

Bruscamente, Penélope sintió que su cuerpo se ponía rígido. A unos cincuenta metros de la casa, divisó a un hombre que hacía algo en el suelo, al pie de una pareja de frondosos robles. La distancia y la luz eran elementos que no permitían distinguir las facciones del sujeto, pero a la joven le pareció, por su complexión, que podría ser *Mr. Cross*. Pero ¿no había dicho que estaba en

Londres y que no volvería seguramente hasta el jueves?

Súbitamente, una nube ocultó la luna y una densa capa de tinieblas cubrió la tierra. La nube tardó bastante en pasar y cuando volvió la luz, Penélope pudo darse cuenta de que el hombre había desaparecido sin dejar el menor rastro.

Profundamente preocupada, permaneció quieta todavía durante unos momentos, aguzando el oído, con los nervios en tensión, escuchando atentamente cualquier ruido que pudiera producirse en la casa. Pero no pudo escuchar nada, aunque ello no significaba que *míster Cross* no hubiese regresado a la casa; hartó conocía ella su sigilosa manera de caminar y de comportarse.

Al cabo de un rato, se decidió a vestirse. Poco más tarde, estaba en la cocina, preparándose el desayuno. Comió poco; sus preocupaciones la habían quitado el apetito. Al terminar, arregló la cocina y luego se dispuso a hacer lo mismo con la casa.

Regresó de nuevo al primer piso. Caminó hasta la puerta del cuarto de trabajo de *Mr. Cross*, deteniéndose a un paso del umbral. Se mordió los labios, vacilante. Al fin, decidiéndose, golpeó la puerta con los nudillos.

Nadie contestó a su llamada, a pesar de que la repitió varias veces. La lámpara roja que había sobre el dintel permaneció apagada. ¿Habría vuelto *Mr. Cross* a Londres sin entrar en la casa?

Un rápido vistazo al garaje la convenció de que el coche no estaba. Claro que *Mr. Cross* podía haberlo dejado en el camino. El automóvil funcionaba muy bien, y no hacía ruido apenas, por lo que era muy posible que ella no hubiese podido escuchar el motor en marcha. De repente, se dio cuenta de que se hallaba casi frente a la pareja de olmos.

Caminó con paso rápido hacia los árboles. El césped estaba recubierto de una espesa capa de pasto. Al llegar junto a los árboles, examinó el suelo.

Estaba completamente limpio. Penélope trató de situarse teóricamente de nuevo en su ventana, a fin de ubicar con toda exactitud el lugar donde había visto al individuo. Caminó cinco pasos más y luego se arrodilló, tocando la hierba, con las manos.

El suelo parecía normal. Penélope tenía la sensación de que el sujeto a quien había visto a la luz de la luna había estado cavando en el suelo. Pero si era así, allí no se divisaba el menor rastro de

excavación. La hierba parecía extenderse por todas partes sin solución de continuidad. Si hubiera estado cavando, ella lo habría notado indefectiblemente con la claridad diurna.

Se puso en pie, limpiándose las manos cuidadosamente. Meneó la cabeza; no estaba muy segura de que aquella noche no hubiesen cavado algo en las cercanías de los olmos. Pero no había rastros de excavación. Y esto la preocupó notablemente, porque tenía la absoluta convicción de que no era un sueño lo que había visto la noche anterior.

Regresó a la casa. De repente, al pasar por delante del garaje, vio una escalera tumbada en uno de los costados del mismo.

Momentos después, había apoyado la escalera en la pared y trepaba hasta una de las ventanas del primer piso. Sufrió una gran decepción; la ventana estaba tapada por una espesa cortina negra que impedía ver en absoluto lo que había en la habitación. Regresó a la casa sintiendo que sus preocupaciones aumentaban.

Mr. Cross regresó al atardecer del jueves, ya casi de noche. Penélope, estratégicamente situada tras una de las ventanas, le vio apearse del coche, portador de una enorme maleta que parecía pesar bastante, a juzgar por los esfuerzos que hacía el hombre para transportarla. Estuvo a punto de ofrecerle su ayuda, pero se contuvo, temiendo una réplica negativa por parte de *Mr. Cross*.

¿Qué traía *Mr. Cross* en la maleta? ¿Los «útiles» de su profesión? Sólo necesitaba unos metros de cuerda y un trozo de trapo negro, creía recordar. La cuerda acaso pudiera abultar, pero nunca pesar de la forma en que ella lo estaba viendo. ¿Cuál era el contenido de la misteriosa maleta?

Los nervios no la dejaron descansar apenas, hasta el día de su salida, en que se reunió con el inspector Yarrick, a la hora y en el lugar convenidos.

—¿Cuál es el nombre del verdugo?

Al Yarrick pegó un respingo en el asiento. Sus ojos se clavaron en el lindo rostro de la joven con indudable sorpresa.

—¡Pero, Penny!, ¡qué cosas preguntas! ¿Lo sabes o no lo sabes?

—No, es una cosa que no me ha preocupado nunca. Lo único que sé es que es relativamente nuevo en su profesión. Pero, si tanto te interesa, haré las oportunas gestiones para conocer su nombre. ¿Por qué quieres saberlo, Penny?

—Verás —dijo ella, jugueteando con una cucharilla de té—, es que... me parece que estoy sirviendo al verdugo precisamente.

Yarrick emitió un fuerte resoplido.

—Penny —dijo el policía, me parece que tu trabaja te deja demasiado tiempo para leer novelas de misterio.

—Te digo que no —insistió ella—. Incluso no me extrañaría que hubiese enterrado un cadáver en las inmediaciones de la pasa. Y acto seguido relató a Yarrick todo cuanto había podido observar de raro en *míster Cross*, sin olvidar siquiera el detalle de la habitación prohibida.

Cuando Penélope hubo terminado su narración, Yarrick se frotó el mentón con aire reflexivo.

—Verás, Penny —contestó—, por lo que dices, *míster Cross* es un hombre maniático aunque inofensivo. Ciertamente, resulta un tanto extraño que tenga una habitación prohibida para ti, pero no es el primer caso conozco. Famosos sabios hacían lo mismo con su estudio; incluso prohibían que nadie lo limpiase, sino ellos mismos, a fin de que no pudiera perderseles algún importante papel con anotaciones, por descuido de sus sirvientes.

—¿Y qué me dices del tipo a quien vi enterrando a un cadáver en el campo que hay detrás de la casa? —exclamó ella belicosamente.

Yarrick movió las manos a la vez.

—Calma, Penny, calma. Procedamos con orden. Primero: ¿Viste el cadáver?

—No. Debía estar ya sepultado cuando yo divisó al sujeto.

—¿Le viste cavar? Quiero decir, si se movía con un zapapico o una pala entre las manos.

—Tampoco, pero...

—¿Y el suelo? ¿Estaba removido? ¿Presentaba el abultamiento característico de la tierra al ser removida para practicar un hoyo, que vuelve a rellenarse casi de inmediato?

—Bien, Al —dijo ella en tono ofendido—, si no me crees..., empezaré a pensar que la tan cacareada amistad entre ambos no existe.

—Un momento, un momento —exclamó Yarrick—. Querida, aquí la amistad no sirve de nada. Tú sostienes que viste a *Mr. Cross* enterrando a una persona, pero luego examinaste el terreno y no

hay allí el menor rastro de que se haya ejecutado tal acción. Por otra parte, la persona a quien divisaste desde la ventana de tu dormitorio —parecida a *Mr. Cross* en el aspecto, aunque posiblemente no *Mr. Cross*—, no llevaba encima herramientas de ningún género.

—La distancia era grande y una pala me pudo pasar inadvertida —alegó ella.

—¿Lo ves? —sonrió Yarrick—. Ni siquiera puedes asegurar que el hombre a quien viste fuera *Mr. Cross*. Además, aunque sea él el verdugo, ¿qué tiene que ver esto con el supuesto enterramiento de que me has hablado?

Ella hizo un mohín de disgusto, pues se daba cuenta de que sus razonamientos eran hartamente inconsistentes.

—Está bien, Al —convino al cabo—. Puede ser que no tenga razón, que acaso la luna y las nubes me hayan jugado una mala pasada..., pero, al menos, haz el favor de averiguar el nombre del verdugo. No descansaré tranquila hasta que lo sepa, lo cual quiere decir que me despediré inmediatamente de tu servicio. ¡Dios mío! —Se estremeció ella finalmente.

Yarrick se echó a reír y le tomó una mano, a lo que Penélope no se resistió.

—Te prometo disipar tus dudas en cuanto tenga ocasión. Ahora bien, si luego *Mr. Cross* resultase no ser el verdugo, habrás de prometerme discreción absoluta respecto al nombre del mismo.

—Conforme, Al —respondió ella.

CAPÍTULO X

El asunto de la muerte de Ray Tubbs seguía preocupando al inspector Yarrick. Por eso, al día siguiente de la entrevista con Penélope, se encaminó en dirección a «El Unicornio Rojo», cuyo propietario no le recibió precisamente con ramos de flores ni cánticos de bienvenida.

—Hola, Child —dijo Yarrick en tono casual, apoyándose en el mostrador.

—¿Qué tal, inspector? —Gruñó Child frotando el mostrador con un paño.

—Lo de siempre —suspiró el joven—. Preguntas, preguntas y más preguntas. Es la labor de la policía, como la tuya es la de expender licores, proteger a vendedores de marihuana, alcahuetas y otras gentes de mal vivir.

—Hay que ganarse el condumio, inspector —respondió Child sin inmutarse—. Y en cuanto a lo de la marihuana, ¡nanay!

—¡Ja, ja! —dijo Yarrick, muy serio—. Bueno, al grano, Child. ¿Dónde está Sheila McCann?

—Ni idea, inspector. Hace una semana que no la he visto el pelo.

—¿Child? —murmuró el joven, en tono dubitativo.

—La fetén, inspector. Se lo aseguro.

Yarrick intuyó que Child decía la verdad.

—De todas formas, es raro que se pase una semana sin venir por aquí, ¿no es cierto?

—Eso creo yo, pero usted ya sabe lo que hacen esas chicas. Un día les da la ventolera y ¡paf!, la del humo.

El joven asintió en silencio.

—A pesar de todo, me parece un poco raro, Child. ¿No has oído tú nada por aquí?

—Que me registren, inspector —contestó el tabernero—. ¿Por qué no va a ver a su patrona? O quizá también Mickey, el de «El Pez Volador», pueda decirle silgo. Sheila también solía ir mucho por ese *pub*.

Yarrick se tocó el ala del sombrero con un dedo.

—Está bien, Child —dijo—. Pero si sabes algo de ella, no tardes ni medio segundo en telefonarme al Yard. Podrías verte en un aprieto si no lo hicieras, ¿eh?

—Descuide, inspector. Duerma tranquilo.

—Yo ya duermo tranquilo. Es a ti a quien debes darte ese mismo consejo, Child. ¡Ah, a propósito! ¿Sabes que apareció ya nuestro común amigo Ray Tubbs?

Los labios del tabernero se contrajeron.

—Suelo leer la Prensa, en efecto.

—Tuvo mala suerte. Alguien se lo cargó.

—No he oído nada, inspector, se lo aseguro.

—Me lo imagino. Adiós, Child.

—Adiós, inspector.

Mickey, el dueño de «El Pez Volador», era un tipo delgado, de ojos saltones y expresión inquieta.

—No, hace una semana que no veo a esa prójima —contestó a las preguntas de Yarrick.

—Una semana, ¿eh? —murmuró el joven reflexivamente. Había estado ya en la pensión donde se hospedaba la desaparecida y no habían sabido decirle nada de ella, excepto que hacía seis o siete días que faltaba, y que todas sus cosas continuaban intactas. Yarrick las había examinado meticulosamente, sin encontrar la menor pista que pudiera darle una idea del paradero actual de Sheila McCann.

—Así es, inspector —reafirmó Mickey.

—¿Estaba sola? —preguntó Yarrick. Quizá Sheila había encontrado un «cliente» y merecía la pena indagar sobre éste.

—No. Había un hombre junto a ella, bastante distinguido, por cierto. Tendría unos cuarenta y cinco años, ojos claros, me parece recordar... Posiblemente un viudo que buscaba algo de consuelo —rió Mickey, sin encontrar el debido acompañamiento por parte del joven.

—Un hombre de mediana edad —murmuró Yarrick—. ¿Le conoce usted, Mickey?

—No. Era la primera vez que entraba en un *pub*.

—¿Lo reconocería si se lo presentasen de nuevo o le enseñasen una fotografía?

Mickey pensó la respuesta.

—Sí. —Es decir, creo que sí. De lo único que estoy seguro es de que ese tipo no había estado jamás aquí antes de aquel día. Y que tampoco era la clase de sujeto que suele vivir por estos barrios.

—Está bien, Mickey. Si supiera algo de Sheila, no deje de llamarme inmediatamente al Yard.

—Bien, inspector.

El sargento detective Martin Payne encontró a su amigo lanzando nubes de humo al techo.

—¿Qué te pasa, Al? ¿No hay progresos en el caso Tubbs?

—Por ahora, no. He hablado con Keats, que es el encargado de la investigación y me ha dicho que no sabe nada nuevo. En cambio, yo he averiguado otra cosa.

Payne tomó un cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesa y se sentó en un ángulo de la misma.

—Habla, Al —dijo, expeliendo el humo.

—Sheila McCann ha desaparecido.

Payne lanzó un silbido.

—Era la chica de Tubbs, según creo, ¿no es así?

—Cierto. Y eso es lo que más me preocupa, Martin.

—¿Temes que la hayan asesinado?

—A decir verdad, sí. Hace ya una semana que nadie sabe de ella. Sus ropas y equipajes han aparecido intactos en el cuarto que ocupaba en la pensión, cuya dueña no sabe nada de ella en absoluto. He indagado también en los lugares que solía frecuentar y nadie la ha visto.

—Tubbs desapareció también sin dejar rastro. Apareció más de tres meses después con el cuello roto. Si Sheila ha sido asesinada, lleva ya una semana muerta.

—Eso es lo que yo creo, Martin. Pero ¿quién demonios puede ser el asesino?

—Algún tipo celoso, sin duda.

Yarrick sacudió la cabeza.

—Es una posibilidad, aunque no creo que se deba a móviles pasionales. Más bien lo estimo como una especie de venganza.

—¿Y quién diablos iba a querer vengarse de esa pareja?

—No tengo la menor idea, Martin. Sea como sea, el que les mató, ha sabido ocultar muy bien sus muertes. Por lo menos, no ha dejado tras sí rastros que puedan comprometerle.

—Es cierto —convino Payne—. Oye, ¿qué es lo que piensas hacer ahora?

—Estoy confundido, francamente, Martin. No vamos a tener otro remedio que volver a interrogar pacientemente a todos cuantos hayan podido tener alguna relación con Tubbs o con Sheila McCann en los últimos meses.

—Una labor de criba nada grata —opinó Payne—. Pero díselo a tu colega Keats; de lo contrario, podría enojarse por meterte en su terreno.

—Ya lo sabe y no tiene ningún inconveniente en que le eche una mano en mis horas libres. Hemos acordado un intercambio de información, a fin de poder progresar en las pesquisas.

—Eso está mejor, Al. Y si quieres que te ayude, no tienes más que pedírmelo. Ahora tengo que hacer un interrogatorio a un detenido, Cuando termine, habrá concluido mi servicio. ¿Te parece bien que vaya a darme una vueltecita por el barrio?

—Sí, puede que tú sepas captar algo que a mí me haya pasado inadvertido, Martin. Oye —preguntó el joven de repente—, ¿tú sabes cómo se llama el verdugo?

El sargento Payne se puso en pie de un salto.

—¡Jesús, Al, qué cosas tienes! ¿Por qué quieres saber cómo se llama el verdugo? ¿Es que tiene alguna relación con este asunto?

Yarrick sonrió.

—No, ninguna. Era mera curiosidad..., pero ¿lo sabes o no lo sabes?

—No, ¡qué diablos! ¿Cómo quieres que me preocupe por una cosa semejante? De todas formas, si tienes tanto interés, ve y pregúntaselo al superintendente de las Prisiones.

—Sí, es una buena idea. Iré a verle cuando pueda. Gracias de todas formas, Martin.

Payne miró a su amigo meneando la cabeza.

—Oye, Al, ¿no crees que te sentarían bien dos semanas de vacaciones? Puedes pedírselas a...

Yarrick se puso en pie.

—Gracias, Martin. Pero no me hace falta un descanso, por ahora. Lo único que deseo saber es quién mató a Tubbs y a Sheila McCann.

—Todavía no sabes si Sheila está muerta, ni tampoco, en tal caso, si fue asesinada por la misma persona que mató a Tubbs.

—Tengo la sensación de que, a estas horas, Sheila estará muerta, por lo que ya no podemos hacer nada en su favor. Y en cuanto a su asesino, aunque no tengo la menor prueba en favor de mi aserto, no te quepa la menor duda: es el mismo que mató a Tubbs.

Repentinamente, el inspector Yarrick había recordado que, entre todas las personas a quienes había interrogado en relación con el caso, había omitido entrevistarse con una. Aparentemente, no tenía importancia; pero el joven estimó que no debía desdeñar ninguna posibilidad, por pequeña que fuese. En consecuencia, poco después se hallaba frente a un sujeto regordete, calvo, de papada mantecosa y ojillos casi escondidos entre la grasa de sus párpados. El individuo en cuestión era Dick Taylor y desempeñaba el cargo de conserje de un edificio de apartamentos, situado a una media milla escasa de «El Unicornio Rojo».

Ya no hacía calor, ni mucho menos, pero apenas vio *Mr.* Taylor al inspector, sacó un pañuelo y se enjugó la calva. *Mr.* Taylor se sintió lleno de aprensiones; podía imaginarse el objeto de la visita del policía y sabía, además, la muerte de Tubbs y la desaparición de Sheila McCann. La presencia del inspector en su conserjería, no contribuyó precisamente a aquietar sus nervios.

—Ho... hola, inspector —saludó, tratando de dar a su voz una entonación meliflua.

—¿Qué tal, *Mr.* Taylor? —contestó el joven—. ¿Un cigarrillo?

El conserje aceptó, tomando el pitillo con dedos temblones.

—¿Se siente mal, *Mr.* Taylor? —preguntó Yarrick solícitamente—. Veo que le tiembla la mano.

—No... no es nada de par... particular, inspector. ¿Pu... puedo servirle en algo?

—Sí, precisamente a eso he venido —contestó el policía—. A que me sirva usted, *Mr.* Taylor.

—De acuerdo, inspector. Ya sabe que yo soy un hombre cumplidor de las leyes y que me gusta colaborar en todo con las autoridades. —*Mr.* Taylor trataba de congraciarse con el joven.

—Desde luego; su espíritu cívico es notorio, *Mr. Taylor*. Y, en vista de ello, me permitiré preguntarle por el paradero de *miss Sheila McCann*. Tengo entendido que usted la conocía, ¿no es cierto?

—Sí, inspector, seguro. Pero no sé nada de ella.

—¿De verdad, de verdad?

Mr. Taylor levantó la mano con la palma hacia fuera.

—Podría jurarlo ahora mismo sobre la Biblia, inspector.

Yarrick lanzó una mirada crítica a la lumbre de su pitillo.

—Creo recordar que en cierta ocasión, le tomaron juramento como testigo.

—Sí, inspector; con relación al asesinato de *Mrs. Bennet*.

—Y... —*Yarrick* dilató deliberadamente la pregunta—, ¿dijo usted la verdad?

—¡Por Dios, inspector! —protestó *Mr. Taylor* vehementemente—. ¿Insinúa que fui capaz de cometer perjurio?

—Me gustaría poder demostrar que juró en falso, *míster Taylor* —respondió *Yarrick* sin inmutarse—. Vamos a ver, ¿cuánto le pagó *Tubbs* por jurar que había estado con *miss McCann* en el apartamento C4, a la hora en que *Mrs. Bennett* era asesinada?

—Inspector, *Tubbs* no me pagó nada, en absoluto. Declararé la verdad de lo que vi, eso es todo —respondió *Mr. Taylor* con virtuoso énfasis.

—Según sus declaraciones, *Tubbs* y *miss McCann* permanecieron durante cuatro horas en el apartamento C4, precisamente durante el tiempo que *Mrs. Bennett* era asesinada.

—Así fue, inspector —insistió el conserje una vez más.

Yarrick tendió la vista en torno suyo. La escalera que conducía a los pisos daba frente justamente a la puerta de salida del edificio. El ascensor estaba situado al lado de la escalera. Materialmente, resultaba imposible que nadie entrase ni saliera sin ser advertido por el conserje... si el conserje se mantenía en su sitio.

—¿Quiere usted decirme —exclamó *Yarrick*—, que fue capaz de permanecer cuatro horas seguidas, *sin interrupción alguna*, sin la menor solución de continuidad, detrás de este mostrador? ¿No necesitó en alguna ocasión, en esos doscientos cuarenta minutos, ir a los lavabos? ¿No le llamó un huésped de algún apartamento en cuatro horas, *Mr. Taylor*?

—Así fue, inspector. —*Mr. Taylor* se mantenía firme. Pero sudaba...

Yarrick le dirigió una mirada llena de suspicacia.

—No voy a decir que pienso investigar su cuenta bancaria, porque ya me imagino que *Tubbs* no le dio mucho dinero, sino que más bien la pagó cinco libras como máximo, y luego le dijo que si abría la boca le rebanaría el pescuezo. Ahora bien, si logro demostrar que cometió perjurio, le esperan diez años en Dartmour, no lo olvide, *Mr. Taylor*. Por su culpa, mejor dicho, con ayuda suya, un asesino escapó a la justicia. Usted no ayudó a cometer el crimen, sino a que el coautor del mismo eludiera la acción de la ley. Ésta se paga muy caro en Inglaterra, *Mr. Taylor*.

El conserje se pasó una mano por la garganta.

—Le aseguro que fue así, tal como declararé, inspector —su voz era temblona, vacilante.

—No tengo medio de probar lo contrario, por lo que tendré que aceptar como buenas sus palabras, *Mr. Taylor*. Sin embargo, aceptar no es lo mismo que creer, y yo no le creo en absoluto. ¿Está claro?

—Inspector, yo le juro...

—No jure en falso de nuevo —dijo Yarrick, asqueado—. Ahora, hágale de *miss McCann*.

—No sé nada de ella, inspector, seguro.

—*Miss McCann* ha desaparecido. *Tubbs* también desapareció y apareció muerto a las quince semanas. Sospechamos que *miss McCann* haya podido correr la misma suerte, de modo que hágame el favor de contarme todo lo que sepa acerca de ella.

—Hace ya bastante tiempo que no la veo, inspector. Una semana, dos tal vez, créame, se lo ruego.

—*Miss McCann* solía ser cliente de esta casa, ¿no es cierto?

El rostro de *Mr. Taylor* se cubrió de carmín.

—Bueno, venía aquí...

—No siga —interrumpió Yarrick, sintiendo un profundo desprecio hacia aquel sujeto—. Estoy buscándola, aunque me temo que haya podido suceder lo peor. En cuanto sepa algo, llámeme al Yard.

—Descuide, inspector, así lo haré —prometió el sudoroso *Mr. Taylor*.

Yarrick arrojó una mirada en torno suyo.

—Un día de éstos —dijo en tono cortante—, vendrá por aquí la Brigada Contra el Vicio. Creo que encontrará muchas cosas interesantes... y muchas llaves para echarse al bolsillo; no, digo mal, una sola llave: la de la puerta principal de esta casa. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle, *Mr. Taylor*?

El conserje creyó que se deshacía en sudor.

CAPÍTULO XI

El golpe retumbó con fuerza en la casa, haciendo que Penélope se sentase en el lecho de repente, tremendamente sobresaltada por la vibración de las paredes del edificio.

Sintió dentro de su pecho los alocados latidos de su corazón. Las manos se crisparon repentinamente en torno al embozo de la sábana.

Escuchó con infinita atención. El silencio era absoluto; sólo se oía el persistente rumor de la lluvia que caía sin cesar desde la tarde anterior. El ruido no había vuelto a repetirse.

Penélope estaba asustada. El misterio que envolvía las actuaciones de *Mr. Cross* la preocupaba más cada día que transcurría. ¿Qué hacía aquel hombre encerrado tantas horas en el cuarto secreto? ¿A qué se dedicaba? ¿Era acaso un sabio que realizaba Dios sabía qué misteriosos y terroríficos experimentos?

Encendió la luz. Eran las cinco y media de la mañana. Ordinariamente, *Mr. Cross* solía ser madrugador; a las siete y media estaba ya vestido y aguardando el desayuno en el comedor. Pero el ruido escuchado le demostraba que, aquel día, *Mr. Cross* había madrugado más de lo habitual. ¿Por qué?

Muy nerviosa, echó las ropas de la cama a un lado y metió los pies en unas zapatillas, Colocóse sobre el cuerpo una abrigada bata, cuyos cordones ciñó en torno al talle. Luego salió de su dormitorio y, sin vacilar, se encaminó hacia el cuarto misterioso.

Llegó a la puerta y escuchó atentamente. Le pareció oír un ruido como de sierra en acción. Sí, parecía una sierra; el «ris-rás»

de los dientes de metal era inconfundible. Un sudor frío cubrió al instante las facciones de la joven.

Lo primera que se le ocurrió fue que *Mr. Cross* había asesinado a alguien y que lo estaba descuartizando. Sí, una sierra tenía que hacer más o menos aquel ruido al aserrar unos huesos. ¿Quién era la desgraciada víctima de aquel criminal sádico y sin entrañas?

De repente, sin saber por qué, se encontró golpeando con los nudillos en la puerta del cuarto. Llamó varias veces, haciendo más ruido que de ordinario, hasta que vio que la lámpara roja centelleaba por encima de su cabeza. Entonces, fiel a las instrucciones, retrocedió un par de pasos.

La puerta se abrió segundos después y la figura de *Mr. Cross* apareció bajo el dintel. *Mr. Cross*, sin embargo, no sacó todo el cuerpo, sino que la mitad derecha quedó oculta tras la hoja de la puerta que no se abría ordinariamente.

—¿Sí, *Mrs. Shatton*? —dijo el dueño de la casa en tono impasible.

—Perdóneme, *Mr. Cross* —dijo la joven, terriblemente nerviosa—. Estaba durmiendo y escuché un ruido muy fuerte...

—No tiene la menor importancia, *Mrs. Shatton*, ni tampoco hay motivo para sentir alarma. Simplemente, se me cayó un objeto pesado al suelo, eso es todo.

—Sí, sí... *Mr. Cross*... Únicamente quería decirle... No es costumbre suya empezar a trabajar tan temprano...

—*Mrs. Shatton* —contestó flemáticamente el dueño de la casa—, entre sus obligaciones no figura en modo alguno la de fiscalizar mi tiempo de trabajo. ¿Me ha comprendido usted?

—Sí, *Mr. Cross* —contestó la joven, sintiéndose abochornada.

—Y a propósito, puesto que ya está levantada, ¿tendría usted la amabilidad de servirme una taza de té?

—Por supuesto, *Mr. Cross*.

Penélope no se movió, sino que permaneció en el mismo sitio, como si le hubiesen clavado los pies al suelo. Por un momento, pensó que iba a prorrumpir en un alarido de espanto, pero, no supo cómo... consiguió dominarse.

—¿Le ocurre algo, *Mrs. Shatton*? —preguntó cortésmente el dueño de la casa.

Penélope demoró la respuesta unos segundos. Sus ojos estaban morbosamente fijos en las manchas de color rojo oscuro que aparecían en el mandil de *Mr. Cross* y que despedían singular brillo

al reflejar los rayos de luz que caían de la lámpara roja.

—No, no, *Mr. Cross* —contestó apresuradamente. Temblando de pánico, dio media vuelta, se recogió el faldón de la bata con ambas manos y echó a correr hacia la escalera.

Cuando subió el té, quince minutos más tarde, la cantidad de manchas en el mandil de *Mr. Cross* parecía haber aumentado.

Durante todo el resto del día, Penélope desempeñó sus funciones de un modo automático, trabajando como en sueños, sin apercibirse apenas de lo que hacía. Por fortuna para ella, *Mr. Cross* le ordenó subirle las comidas al cuarto misterioso, con lo que se ahorró el esfuerzo de tener que soportar la visión del sujeto.

Steering House carecía de teléfono. Penélope hubiera querido ponerse al habla con Al Yarrick, pero le era imposible por dicha circunstancia. Buscó alguna manera de salir de la casa sin llamar la atención de su dueño, pero no encontró ninguna mentira satisfactoria. Míster *Cross* sabía perfectamente que no tenía ningún familiar, de modo que no cabía la excusa de un repentino desplazamiento a causa de una inoportuna enfermedad. Había hecho la compra para dos o tres días, y la despensa estaba repleta de alimentos, por lo que tampoco tenía precisión de desplazarse a Hamfield Village, en donde habría podido telefonar al inspector.

A cada momento que transcurría, las aprensiones de la muchacha iban en aumento. Lo de menos era ya para ella que *Mr. Cross* fuese el verdugo; lo peor era que *Mr. Cross* había resultado ser un sanguinario asesino de la peor especie. Las manchas rojas que tenía en el mandil así lo demostraban. Eran de sangre, no le cabía la menor duda; de la sangre de su víctima, a la cual había dado muerte con infernal sadismo y a la que, para encubrir luego las huellas de su repugnante crimen, había descuartizado, sin duda con ánimo de enterrarla por la noche en el prado. Especialmente, cada vez que recordaba el espantoso

«ris-rás»

del serrucho, sentía que se ponía enferma, hasta morir.

Una y otra vez le entraron tentaciones de escapar de la casa como fuera. ¿Qué haría *Mr. Cross* con ella si se enteraba de que conocía su espantoso secreto? Seguramente la mataría también. Y luego la reduciría a menudos fragmentos. Primero emplearía un afilado cuchillo; después, la sierra concluiría la siniestra labor. Por

último, el césped bajo los árboles...

Sus siniestros pensamientos fueron interrumpidos de pronto por la bien modulada voz del dueño de la casa, que había llegado hasta la cocina sin que ella se hubiese apercibido de su acercamiento.



Temblando de pavor, levantó los ojos

—¿Mrs. Shatton?

Penélope estuvo a punto de lanzar un alarido de puro espanto,

pero supo contenerse, haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad sobre sí misma. El corazón le latió alocadamente entre las costillas y su respiración sufrió un tremendo cambio de ritmo. Tuvo necesidad de agarrarse con ambas manos al borde del fregadero, para no caer al suelo.

—¿Sí..., *Mr. Cross*? —dijo, con voz desfallecida.

—¿Está distraída? ¿O se siente indispuesta? Han pasado ya diez minutos de la hora del té, *Mrs. Shatton*.

Penélope levantó la vista hasta el reloj de cocina que tenía sobre su cabeza.

—En... en efecto, *Mr. Cross* —contestó—. No..., estoy bien. Me... me distraje un poco... —Hablaba vuelta todavía de espaldas a él, sin atreverse a girar sobre sus talones, temerosa de que *Mr. Cross* viese la lividez de su rostro—. Le... le aseguro que el té estará en unos minutos...

—Gracias, *Mrs. Bennett*, y ahora, ¿puedo pedirle un favor?

Penélope tragó saliva. No le quedaba otro remedio que enfrentarse con el dueño de la casa.

—Por... por supuesto, *Mr. Cross* —dijo, mientras se volvía hacia él—. ¿De qué se trata?

Mr. Cross tenía en las manos un cuchillo y avanzaba hacia ella. La vista del acero resultó demasiado para los torturados nervios de Penélope. Lanzó un profundo suspiro, cerró los ojos y se dejó deslizar hasta el suelo, desvanecida por el espanto.

Mr. Bennett estaba sentado en el saloncito de su casa, reflexionando amargamente. El recuerdo de *Clarissa* pervivía aún en su corazón, sin que el tiempo hubiese bastado para mitigar su pena. Dos miserables la habían asesinado y ambos habían pagado su culpa. Una mujerzuela de baja estofa, que había ayudado a uno de los asesinos escapar de la acción de la justicia, también había sido castigada.

Pero *Mr. Bennett* se decía que no todos cuantos habían intervenido en aquel desdichado asunto habían recibido el merecido castigo. Sus largos y pacientes meses de investigaciones, hasta que pudo situar los menores detalles, algunos de los cuales no eran conocidos siquiera de la policía, le habían llevado a formular unas conclusiones. No sólo había sido asesinada *Clarissa*, sino que alguien había ayudado después a un coautor del crimen, y *Sheila*

McCann había sido una de esas personas.

Pero todavía quedaba otra, Dick Taylor. El conserje del hotel donde Tubbs había declarado estar mientras se cometía el crimen. Taylor había jurado en falso; mister Bennett lo sabía perfectamente.

Por tanto, *Mr.* Bennett estimaba que Taylor debía también pagar su culpa.

Se reclinó en el diván y dejó que su vista vagase por el techo, mientras continuaba con sus poco agradables cogitaciones. Se preguntó por qué habría aceptado el empleo de verdugo. Estrictamente, el empleo no le hacía falta, aunque tampoco era de desdeñar el sueldo que le daban. Y, además, era un trabajo muy descansado. Sólo había tenido dos «actuaciones» en un año, pero esto era una cosa excepcional; se pasaban años enteros sin que la justicia dictase una sentencia irreparable. Por tanto, su vida no podía ser más cómoda y regalada. ¿Matar a un hombre a quien no conocía?

Se encogió de hombros. Su segundo ejecutado era un tipo repugnante, que merecía verdaderamente la pena de muerte que le había sido impuesta. Aún se acordaba de sus últimos momentos, de su cobarde y abyecto comportamiento. El reo se había abrazado con todas sus fuerzas a las piernas de uno de los guardianes, pidiendo a gritos que le perdonasen la vida. Una pena de espectáculo..., pero el reo debiera haberlo pensado mejor, cuando mató a aquella pobre mujer de sesenta y tantos años para robarle una docena escasa de libras, y al nieto que vivía con ella, un chiquillo de doce años, para que no le delatase. Todo inútil; la policía había actuado bien y eficazmente, y el asesino había sido detenido antes de las cuarenta y ocho horas de cometido el crimen. Sí, la ejecución había resultado algo poco agradable de presenciar; pero él no había sentido la menor aprensión al tirar de la palanca que lanzó al sentenciarlo a la eternidad.

De nuevo volvió a pensar en Dick Taylor. ¡El muy canalla, venderse por un puñado de libras! ¿Qué habría pasado si él hubiera sido de otro modo? Sencillamente, que Ray Tubbs andaría ahora por ahí, pavoneándose como un gallo en su gallinero, libre, contento y satisfecho, buscando quizá otra Clarissa Bennett a quien engañar y lanzar a una vida de disipación y libertinaje. Y Dick Taylor habría ayudado a que Tubbs hubiese continuado su poco

recomendable existencia. En realidad, ¿no había tratado de hacerlo, testificando en su favor?

Mr. Bennett no tardó demasiado en llegar a una conclusión. *Dick Taylor* tenía que ser eliminado. Sujetos como él eran un estorbo para la sociedad humana. Nadie perdería nada con su desaparición; antes al contrario, quizá se evitarían muchos males. Ahora, resuelta ya la suerte que iba a correr el conserje, era necesario solamente estudiar sus costumbres y buscar el medio mejor de atraerle para que cayera en la trampa y metiera el cuello en el lazo que él le prepararía con grandísimo placer.

Una voz femenina interrumpió de repente sus meditaciones.

—El té está servido...

CAPÍTULO XII

El sargento detective Martin Payne entró en el despacho de su amigo, a quien halló sumido en el estudio de unos papeles.

—¿Cómo te encuentras, Al? —preguntó. Como de costumbre, se sentó en uno de los ángulos de la mesa y encendió un cigarrillo—. ¿Alguna novedad en el caso Tubbs-McCann?

—Ninguna por ahora, excepto lo que ya sabemos —contestó el joven—. Tubbs está muerto y la mujer ha desaparecido. ¿Sabes tú algo?

—Hombre, no creo que tenga mucha importancia..., pero pudiera servirte. He estado hablando con Child, el dueño de «El Unicornio Rojo».

Yarrick se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Y...?

—He vuelto sobre lo de Tubbs, Al. Verás, he pensado que, puesto que Tubbs está muerto, Sheila McCann ha desaparecido y tú opinas que es un mismo sujeto el que mató a ambos, quizá Child pudiese darme alguna nueva información sobre el caso, es decir, algún detalle que a ti se te hubiera podido olvidar.

—Hiciste bien, Martin. ¿Qué sacaste en limpio?

—Una de las cosas que más me llamaron la atención —posiblemente no sean más que figuraciones mías, Al, pero ya sabes, conviene no desdeñar nunca ningún detalle, por insignificante que pueda parecer—, fue que Tubbs estuvo embriagándose con un tipo el último día que le vieron en «El Unicornio Rojo».

Yarrick miró a su amigo con renovado interés.

—Sigue, Martin —dijo con voz cortante.

—El sujeto tendría entre cuarenta y cincuenta años, ya sabes, esos tipos que no expresan nunca la edad que tienen, aspecto más

bien insignificante y ojos claros. Al principio parecía hombre de ademanes comedidos y corteses; pero luego, hablando claro, se emborrachó como un cerdo. Tubbs tuvo que sostenerlo casi para poder llevarlo hasta la calle.

Yarrick se enderezó en el asiento. Chasqueó los dedos.

—Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido a mí preguntar eso mismo a Child? En cambio, se lo pregunté a Mickey.

—¿Y...?

—No cabe la menor duda. Mickey hizo una descripción del tipo muy parecida a la que Child te hizo a ti. ¡Ése es el asesino, Martin! —exclamó el joven excitadamente.

—Sí, pero ¿quién es, Al?

De nuevo Yarrick dejó que su mirada errase por la habitación.

—Eh los dos casos, el sujeto misterioso, ese tipo de aspecto inocuo, estuvo conversando con sus víctimas; es decir, con Tubbs y la McCann. Con Tubbs se embriagó, pero seguramente no fue más que una ficción, a fin de engañarlo y conducirlo al lugar donde pensaba asesinarlo. En cuanto a Sheila, ni siquiera necesitó otra cosa que hacerle un guiño de ojos; Sheila estaba dispuesta a aceptar un cliente en cualquier momento. La llevó a su casa... y una vez allí, la mató.

—¿Cómo? ¿De qué manera? Tubbs tenía el cuello fracturado y, a juzgar por la descripción que nos han hecho del sujeto, era un hombre de poca fuerza física. Al menos, así lo aparentaba, Al.

—El cómo la mató es ahora lo de menos, Martin. —Yarrick extendió de pronto su dedo índice—. Pero no cabe la menor duda que el sujeto insignificante y de ojos claros fue el asesino.

—Estoy de acuerdo contigo, Al —manifestó Payne—. Pero hasta ahora, todo cuanto acabamos de decir no son más que suposiciones.

—Con un importante porcentaje de realidad.

—Es cierto. Sin embargo, para localizar a «Mr. Ojos Claros» tropezamos con un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que no sabemos quién es, ni dónde vive, ni en qué trabaja ni, lo más importante de todo, los motivos que tuvo para matar a esa pareja.

Yarrick reflexionó unos segundos.

—Podemos adelantar algo si hacemos trabajar a un dibujante

del Yard, Martin.

—¡Hombre, no estaría mal! Podríamos llevarnos al artista a esos dos *pubs* y hacer que dibujase las facciones de «Mr. Ojos Claros» de acuerdo con las indicaciones de Child y de Mickey. Creo que daría resultado, Al.

El dibujante de Scotland Yard terminó su tarea y volvió el cartón hacia el dueño de «El Unicornio Rojo».

—¿Era éste el tipo que estuvo bebiendo con Tubbs el día en que desapareció, Child? —preguntó Yarrick.

—El mismo —contestó sin vacilar el tabernero—. Lo recuerdo muy bien, inspector. —Se dirigió al dibujante—. Es usted un artista, amigo.

—Bien —dijo Yarrick—, gracias por su cooperación, Child. Si ve al tipo, llame al primer guardia que tenga a mano y hágale detener. Inmediatamente me llama por teléfono. ¿Estamos? Vámonos, Martin.

Los tres hombres salieron del *pub* y se encaminaron sin perder un segundo en dirección a «El Pez Volador», a donde llegaron minutos más tarde.

Mickey reconoció al tipo de inmediato.

—Sí, ése es el pájaro que estuvo con Sheila, inspector. El mismo, no cabe la menor duda.

—Gracias, Mickey. —Yarrick repitió la misma advertencia que había hecho a Child y luego salió del establecimiento—. Vamos a ver ahora a la dueña de la pensión donde vivía Sheila Martin. También iremos a ver a la patrona de Tubbs.

Estas dos gestiones fracasaron por completo. Ninguna de ambas mujeres había visto con anterioridad a «Mr. Ojos Claros», como le llamaban ya los dos policías.

Yarrick y Martin se metieron en una cafetería, bastante desalentados, después de los éxitos iniciales.

—Bueno, no te desanimes, Al —dijo Payne—. Al menos, ya sabemos una cosa: la fisonomía del supuesto asesino nos es conocida.

Yarrick no contestó. Reflexionaba con la mayor atención. Habían muerto Tubbs y Sheila. ¿Cuáles eran los motivos del asesino?

—Los dos —dijo lentamente— tuvieron algo que ver en un asunto común, no me cabe la menor duda.

—Tú decías que Tubbs había sido el coautor de la muerte de *Mrs.* Bennett y que Sheila había jurado en falso. Como no sea éste el asunto común a que te refieres...

La mano de Yarrick se crispó repentinamente sobre el brazo de su colega.

—¡Naturalmente, Martin! ¿Cómo no lo hemos sabido ver antes? Tubbs ayudó a Jackles a matar a *Mrs.* Bennett y Sheila McCann le proporcionó la coartada que lo salvó de la horca.

—¡Rayos! —Payne pegó un respingo—. Al, no desvaríes. ¿Serías capaz de sugerir que es el esposo de la víctima el que anda por ahí vengándose de quienes intervinieron de un modo u otro en la muerte de su mujer?

—Claro —exclamó Yarrick con ojos brillantes—. Es *Mr.* Bennett, no puede ser otro... ¡Martin!

Payne se asustó.

—Al, ¿qué diablos te ocurre ahora?

—Taylor, el otro sujeto que corroboró la coartada de Tubbs. *Mr.* Bennett querrá vengarse también de él...

Yarrick no terminó la frase. Lanzó una moneda sobre el mostrador y salió corriendo de la cafetería, en dirección al hotel donde trabajaba Dick Taylor.

Mr. Bennett había decidido por fin liquidar el último sujeto de quienes habían intervenido en la muerte de su adorada Clarissa. Después de largas reflexiones, había llegado a la conclusión de que hombres como Dick Taylor debían ser borrados de la faz de la tierra, no merecían vivir con las demás personas. Quien no había vacilado en mentir para salvar la vida de un asesino, debía ser exterminado.

Mr. Bennett entró en el edificio donde Taylor trabajaba como conserje y se dirigió rectamente hacia el mostrador. Ahora recordaba al sujeto; lo había visto adelantarse a la barra de los testigos durante el juicio y repetir su declaración acerca de Tubbs con todo énfasis, acento firme y seguro. ¡Bien, pronto pagaría Taylor su asquerosa mentira!

Taylor estaba muy ocupado distribuyendo en los casilleros la correspondencia de los huéspedes del edificio, cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Buenos días, conserje.

Taylor se volvió.

—Buenos días, señor. ¿En qué...?

Su nuez subió y bajó de pronto. ¡Allí estaba el asesino, el hombre cuya «foto-robot» le habían enseñado los policías, el hombre de quien debía guardarse por todos los medios!

Su nuez subió y bajó espasmódicamente, en tanto que sus ojos se dilataban por el terror. Un par de cartas se le cayeron al suelo, pero no hizo nada por recogerlas.

—Desearía alquilar un apartamento —manifestó míster Bennett sosegadamente—. ¿Tienen algunos libres? En tal caso, desearía que me los mostrase.

Taylor asintió mecánicamente. Su mente trabajaba a plena actividad. El asesino de Tubbs y de Sheila, el hombre que iba a matarle a él, estaba a un paso de distancia.

De pronto se rehízo. El inspector Yarrick era un tipo muy listo. ¿No había situado un detective de vigilancia en el hotel? Sí, el detective estaba allí, en un rincón, mirando con curiosidad hacia el mostrador, como cada vez que un hombre se acercaba a él. Habían convenido una seña por si venía el asesino. Dominando sus temblores, Taylor sacó un pañuelo y se lo pasó dos veces por debajo del cuello.

—Sí, por supuesto, caballero —dijo Taylor con voz insegura—. Tenemos varias habitaciones libres y...

En aquel momento, *Mr. Bennett* sintió que una pesada mano se apoyaba en su hombro. *Mr. Bennett* se volvió.

—¿Es usted el llamado John Bennett? —preguntó el detective.

—¿Quién es usted? —preguntó *Mr. Bennett* suspicazmente. ¿Era posible que la policía hubiese descubierto ya que él era el autor de las dos muertes?

El detective sacó una billetera.

—Scotland Yard —dijo—. Conteste a mi pregunta, por favor.

Mr. Bennett reflexionó rápidamente. No, no cabía la menor duda. Los sagaces sabuesos del Yard le habían descubierto ya. En tal caso, no les sería demasiado difícil probar su culpabilidad.

—Por favor —insistió el detective—, ¿es usted el llamado John Bennett?

—Sí —chilló Taylor, lívido, descompuesto—, ¡él es! Ese tipo mató a Tubbs y a Sheila y ahora quiere matarme a mí. ¡Deténgale,

agente!

—En efecto —contestó el detective—. *Mr. Bennett*. ¿Prefiere acompañarme por su propia voluntad o habré de esposarlo?

Hubo un breve intervalo de silencio. De pronto, *míster Bennett* actuó de una manera totalmente imprevista. Su pie derecho se levantó con ímpetu irresistible, yendo a golpear una de las piernas del detective.

Se oyó un seco chasquido. El detective lanzó un agudo grito de dolor y cayó al suelo con la pierna fracturada a consecuencia del formidable puntapié.

Inmediatamente, *Mr. Bennett* dio la vuelta y se lanzó hacia la salida con la agilidad propia de un jovenzuelo. El detective, dominando el espantoso dolor que sentía en la pierna, trató de sacar una pistola, pero antes de que pudiera conseguirlo, *Mr. Bennett* había desaparecido ya en la calle.

—¡Sígalo! —gritó a Taylor—. ¡No deje que se pierda de vista. Llame al primer guardia que encuentre!

Taylor salió de detrás del mostrador y echó a correr hacia la calle. Cuando asomó su cabeza por fuera de la puerta, *Mr. Bennett* había desaparecido ya sin dejar el menor rastro.

CAPÍTULO XIII

El detective inspector Al Yarrick entró en su despacho y lanzó el sombrero a un rincón con gesto de ira.

Payne le miró inquisitivamente. Yarrick se sentó detrás de la mesa, tomó un cigarrillo y lo golpeó varias veces contra el tablero.

—Nada —dijo rabiosamente al cabo de unos segundos.

—¿Es posible que un hombre como *Mr. Bennett* haya podido desaparecer como si se hubiera convertido en humo?

—Pues así ha sido, mal que nos pese —reconoció Yarrick—. Vengo ahora del hospital...

—¿Cómo está Holmes?

—Tiene la pierna derecha hecha astillas. El asesino actuó de la manera más incongruente que cabría esperar. Parece que haya de ser un sujeto de poca fuerza física, pero el puntapié fue de efecto devastador. El hueso se quebró como si hubiera sido una caña.

—Lástima. —Payne meneó la cabeza—. Holmes es un buen muchacho.

—Debió haber actuado con más prevención —gruñó Yarrick.

—No le reproches nada. Posiblemente, a ti te habría ocurrido lo mismo. *Mr. Bennett* no es un maleante cualquiera al que se pueda tratar a empellones; al menos, antes de ahora. Holmes tenía que asegurarse de su identidad, antes de cometer un desliz que hubiera podido restarle una demanda judicial. Tú y yo y cualquiera de nosotros, habríamos obrado de la misma manera.

—Es cierto —suspiró el joven, reconociendo los argumentos de su amigo—. Pero el caso es que ha escapado.

—Sin embargo, ahora está ya todo el mundo alerta y con copias de la «foto-robot» que hizo el dibujante. Es raro —comentó Payne —; no hay ninguna fotografía auténtica de *Mr. Bennett*. Ni siquiera

se pudo conseguir una cuando se celebró el juicio por la muerte de su esposa.

—Huía de los fotógrafos como de la peste, Martin. No obstante, nuestro dibujante hizo una buena labor. Le va a ser difícil escapar. Puede que nos cueste, pero, tarde o temprano, acabará por caer en nuestras garras...

—Sí —murmuró Yarrick. Meneó la cabeza—. ¡Pobre hombre! La muerte de su esposa debió desquiciarle.

—Lo malo es que la ley no sabrá reconocerlo así, Al. Cometió dos asesinatos, eso es lo que importa.

—Ciertamente. Nosotros somos servidores de la ley y no podemos albergar sentimentalismos. Sin embargo, ¿qué quieres que te diga?, no lamento demasiado la muerte de Tubbs. A fin de cuentas, recibió lo que se merecía. En cuanto a Sheila McCann..., quizá algún día, un amante ocasional se habría emborrachado y ella hubiera acabado con el vientre rajado. Eso no es raro en mujeres de su profesión.

Payne sonrió suavemente.

—En todo caso —comentó festivamente—, bien podemos asegurar que *Mr. Bennett* sustituyó al verdugo. Por cierto, ¿has averiguado su nombre? Creo que eso te preocupaba hace días, ¿no?

Por asociación de ideas, Yarrick pensó en *Penélope Shatton*. En aquel momento deseó vivamente que llegase, el próximo lunes, día en que de nuevo debían volver a verse. *Penélope* era una muchacha excelente, y muy hermosa, además. ¿Por qué no pensar en ella como el remedio para su soltería? Y, por lo que había podido juzgar, él no la resultaba indiferente en absoluto. Cuando acabase el asunto de aquel endiablado *Mr. Bennett*, sería cosa de discutir el tema seriamente. Mientras tanto...

El teléfono de su mesa sonó con brusco repiqueteo. Martin estaba más cerca y lo cogió rápidamente.

—¿Sí... diga? Un momento, por favor. —Tapó el micrófono con la mano y miró a Yarrick—. Es para ti, Al.

—Gracias, Martin. —El joven tomó el aparato—. Inspector Yarrick. Sí, claro... cómo no. Iré enseguida, señor. ¿Tiene usted inconveniente en que me acompañe el sargento Payne? Muchas gracias, señor.

Yarrick colgó el aparato. Su rostro estaba cubierto de sombras.

—¿Quién era? —preguntó Payne.

—El superintendente de las Prisiones. Dijo que quería verme con urgencia.

Payne enarcó las cejas.

—¿Para qué diablos te querrá, Al?

Yarrick tomó su sombrero.

—Eso lo vamos a saber inmediatamente. ¡Andando, Martin!

El superintendente de las Prisiones, era un hombre de unos cincuenta años, de rostro enérgico y expresión agradable. Se puso en pie para recibir a los dos policías en su despacho, estrechó las manos de ambos y luego les indicó sendos sillones.

Yarrick pudo darse cuenta de que el superintendente tenía encima de su mesa una copia de la «foto-robot» de *Mr. Bennett*. El hecho le extrañó notablemente, aunque por el momento se abstuvo de formular el menor comentario.

—Inspector Yarrick —empezó hablando el superintendente—, tengo que hacerle una revelación sensacional en el caso de *Mr. Bennett*, del cual, según mis informes, está usted encargado.

—Así es, señor —confirmó el joven.

El superintendente examinó durante unos segundos la fotografía que tenía delante de sí.

—Usted sostiene la teoría de que *Mr. Bennett* es el hombre que cometió dos muertes no hace mucho.

—Sí, señor.

—Supongo que tendrá algo en qué basar sus afirmaciones, inspector.

—No hay más que recordar la pierna fracturada del detective Holmes, señor. —Yarrick emitió una débil sonrisa—. Un hombre inocente no habría realizado un acto semejante.

—Eso es cierto —convino el superintendente—. Pero la verdad, no comprendo por qué *Mr. Bennett* se lanzó a cometer esos crímenes.

—Tengo la impresión de que trata de vengarse de cuantos intervinieron, de un modo u otro, en el asesinato de su esposa —manifestó Yarrick. De pronto se sobresaltó—. ¿Lo conoce Usted, señor?

—Temo que sí, inspector —respondió, el superintendente. Movi6 la cabeza con gesto pesimista—. ¡Hay que ver, quién lo hubiera

dicho...!

Yarrick estaba a punto de explotar, pero le contenía el respeto que debía a su interlocutor, quien, por otra parte y en cierto modo, era un superior suyo, como alto funcionario que era del Ministerio del Interior. Por su parte, Payne estaba como sobre ascuas.

El superintendente levantó la vista y se enfrentó con Yarrick.

—Inspector, debo participarle que *Mr. Bennett* es un funcionario de este Departamento. Diciéndolo en lenguaje vulgar..., es el verdugo.

Yarrick sintió que los músculos de la mandíbula inferior se le aflojaban repentinamente.

—El... ver... du... go... —repitió con aire estúpido.

—Así es. No me cabe la menor duda. Esta «foto-robot» está muy bien lograda. Me la enseñó un inspector amigo mío y le pedí que me enviase un ejemplar. Por eso le he llamado a usted, inspector Yarrick.

El joven asintió mecánicamente. La cabeza le daba vueltas.

—Me pregunto —siguió el superintendente—, por qué cometería estas dos muertes. ¿Qué sabe usted al respecto, inspector?

Yarrick le contó todo lo que había averiguado hasta entonces. Súbitamente se percató de un detalle que le había pasado inadvertido hasta entonces, aunque se dijo que el verdadero motivo de tal omisión era que había desconocido hasta entonces la profesión de *míster Bennett*.

—Ahora caigo —murmuró, sumamente pensativo—. *Tubbs* desapareció un par de días antes de la ejecución de *Jackles*.

—Que por cierto, era la primera de *Mr. Bennett*.

—Y *Sheila McCann* fue vista por última vez también dos o tres días antes de la ejecución de *Holder*.

—¡Diablos! —exclamó *Payne*—. *Tubbs* tenía el cuello roto. ¿Es que *Mr. Bennett* quería entrenarse, ahorcando por su cuenta a la gente, antes de tener que hacerlo por encargo del gobierno?

Yarrick miró a su compañero. Luego dirigió su vista hacia el superintendente. Una horrible sospecha acababa de tomar cuerpo en su mente. El se había reído de los temores y aprensiones de *Penélope* cuando le dijo que estaba sirviendo de ama de llaves al verdugo. Pero ahora parecía que aquellas aprensiones iban a convertirse en realidad.

—Señor —preguntó con voz desfallecida—, el... verdugo..., ¿vive por casualidad en Hamfield Village?

El superintendente dio un salto en la silla.

—Así es, inspector —contestó, enormemente asombrado.

Sentada en el borde de su lecho, Penélope Shatton dudaba acerca de lo que debía hacer.

Todavía se acordaba del horrible pánico que había pasado al ver que *Mr. Cross* se le acercaba con un cuchillo en la mano. La tensión había resultado demasiado para ella y se había desmayado.

Más tarde, se había despertado en un diván, mientras *Mr. Cross* la atendía solícitamente. Pero ella no se había dejado engañar por las atenciones del dueño de la casa. *Mr. Cross* le había dicho que sólo quería que le afilase aquel cuchillo con la rueda de afilar que había en la cocina. Ella, naturalmente, no le había creído.

Mr. Cross era un sádico individuo que había suspendido momentáneamente sus propósitos de asesinarla; pero suspender no significaba lo mismo que desistir. Si *Mr. Cross* no la había matado mientras estaba desmayada, era porque pretendía gozarse con sus padecimientos cuando ella estuviese completamente despierta. Quería disfrutar con sus espasmos y sus gritos de dolor, torturándola lentamente, antes de descuartizarla. Y por eso mismo había querido que le afilase el cuchillo, para arrancarle la piel a tiras o entretenerse cortándole las orejas en vivo o cualquier otro diabólico tormento.

Pero ¿iba ella a consentir que *Mr. Cross* la matase sin intentar defenderse? No, si *Mr. Cross* pretendía asesinarla, se defendería con uñas y dientes, con cualquier instrumento, uno de los atizadores de la chimenea, por ejemplo. Un buen golpe en la cabeza, bastaría para desvanecido. Y luego correría a informar a la Policía local, para que ésta, a su vez, se pusiera en contacto con Scotland Yard. Entonces vería *Mr. Cross* lo que era bueno. ¡Como si no tuviese bastante con las muertes legales que se veía obligado a realizar cada año!

Respiró hondamente. De todas formas, se dijo, no podía acusar a *Mr. Cross* sin antes tener pruebas de lo que iba a declarar. En caso contrario, correría, no sólo el peligro de ser despedida, peligro mínimo por otra parte, comparado con el de su posible muerte, sino el de enfrentarse con una querella judicial. Y si quería denunciar a *Mr. Cross* tendría que hacer las cosas bien, de modo que nadie

pudiese refutar sus afirmaciones.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. El ambiente estaba gris, plomizo, y la lluvia caía mansamente, con tenue susurro. De pronto se estremeció; el ruido de la lluvia acababa de recordarle otro de diferente origen, pero infinitamente más siniestro. Aquel serrucho... ris-rás...»

ris-rás...»

De pronto llegó a sus oídos un sonido imprevisto. Frunció el ceño. Parecía el motor de un automóvil en marcha. Sí, era el coche de *Mr. Cross*. Ahora salía del garaje y daba la vuelta, a fin de enfilear el caminito que conducía a la carretera de Hamfield Village. ¿Era que se fugaba de la casa, temiendo la acción de la policía? Míster *Cross* no solía hacer una cosa semejante; siempre la avisaba con suficiente antelación cada vez que se ausentaba. ¿Por qué aquella marcha tan repentina?

Penélope se sintió acometida en aquel momento por una súbita inspiración. Sin pensarlo dos veces, giró sobre sus talones y salió del dormitorio. Antes de actuar, quería poseer las pruebas suficientes para incriminar debidamente a *Mr. Cross*. Y el mejor modo de obtener dichas pruebas era penetrando en el «cuarto de Barba Azul», donde el repugnante individuo entretenía sus sádicos ocios, descuartizando a las víctimas de sus horrendos crímenes. La horca, pensó, sería poco para él. Pero, se dijo un tanto incongruentemente, si *Mr. Cross* era el verdugo, ¿quién le ahorcaría a él?

Esto no tenía importancia, decidió al cabo, mientras caminaba con firme paso hacia la habitación misteriosa, llegó a la puerta y se detuvo un instante, con la respiración en suspenso y el corazón alborotado.

«Animo, decídete», pensó. Para cerciorarse de la ausencia de *Mr. Cross*, llamó con los nudillos.

La puerta cedió ligeramente. Penélope sintió que la sangre escapaba de sus mejillas. ¿Cómo era posible que Míster *Cross* hubiese cometido el irreparable desliz de dejarse la puerta abierta, contra su costumbre de tenerla cerrada con llave en todo momento?

Asió el pomo con mano temblorosa y empujó aquel batiente. Dio un paso, hallándose en una especie de zaguán o antecámara de un par de metros de lado, delimitada por unos espesos cortinajes negros que llegaban hasta el techo.

Los cortinajes se agitaron suavemente. Penélope se acarició la garganta con una mano. ¿Tendría el valor suficiente para mirar lo que había al otro lado?

Repentinamente, asió una de, las cortinas y la echó a un lado. Dio dos pasos más. Entonces, algo rozó sus cabellos.

Temblando de pavor, levantó los ojos. Un espantoso grito de horror se escapó de sus labios al ver el par de pies humanos que se balanceaban levemente sobre su cabeza, a menos de dos metros del suelo. El pánico que sentía, el horrible miedo que la invadió, la impidieron seguir mirando. Giró sobre sus talones y huyó de allí, frenética, enloquecida, profiriendo gritos inarticulados.

CAPÍTULO XIV

Los cepillos del limpiavidrios se movían rítmicamente, barriendo las gotas de lluvia que caían sobre el parabrisas del «Morris».

—En verano, este lugar tiene que ser muy bonito —comentó Payne, mirando el panorama, totalmente envuelto en grises celajes.

—Sí —murmuró Yarrick con los labios prietos y las manos crispadas en torno al volante del coche.

—¿Crees que *Mr. Bennett* habrá conseguido escapar, Al?

—Supongo que el jefe de la Policía local habrá actuado con rapidez —contestó el joven—. Creo que *míster Bennett* no se figurará que hemos conseguido una «foto-robot» suya y mucho menos que una copia de la misma fue a parar a manos del superintendente de las Prisiones. Por eso calculo que se habrá refugiado en Hamfield Village. Es un hombre metódico y habrá querido preparar un buen sistema de fuga, a fin de no *ser* atrapado.

—Desde luego —convino Payne—. Todas sus acciones, así como lo hacen sospechar. —Se echó a reír—. «Taylor estaba muerto de miedo. Confesó sin rodeos el perjurio que había cometido».

—No se merecía la muerte por lo que hizo, aunque sí un buen susto, como el que le ha dado *míster Ben* —net... y, por descontado, los diez años de cárcel que le corresponden. ¡Tipo asqueroso!

—¡Mira! —exclamó Payne de repente—. Ya llegamos a Hamfield Village.

El joven moderó ligeramente la marcha. A derecha e izquierda, entre las suaves colinas que rodeaban la población, se divisaban numerosas residencias campestres, la inmensa mayoría de estilo antiguo. De súbito, vieron que una mujer descendía corriendo hacia el camino, a lo largo de un sendero de gravilla.

La mujer parecía haber sufrido algún accidente. Sin importarle

la lluvia en absoluto, corría desoladamente, a la vez que movía sus brazos con gestos frenéticos.

—Para, al —exclamó Payne—. A esa mujer le ocurre algo.

Yarrick frenó en el acto. Abrió la portezuela y saltó al suelo, en el momento en que la mujer llegaba a la carretera.

El joven sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Penny! —gritó.

Ella se arrojó en sus brazos. Estaba como loca.

—¡Al! —gritó, lívida, con las facciones desfiguradas por el pánico—. Allí... en aquella casa... *Mr. Cross*... Es el asesino... ¡Hay un hombre... ahorcado!

Las rodillas de la joven se doblaron de pronto, incapaces de sostenerla. Yarrick tuvo el tiempo justo de asirla con sus manos para evitar que Penélope diera con su cuerpo en el suelo.

—¡Aprisa, Martin! —ordenó—. Corre a investigar.

Payne sacó su pistola y se lanzó a la carrera, por el camino que conducía a la casa. En el mismo momento, cuando Yarrick se esforzaba por introducir a Penélope en el interior del auto, otro coche, ocupado por tres o cuatro personas, se detenía en aquel punto.

Yarrick depositó a la muchacha en el asiento posterior. Un hombre de uniforme saltó al momento desde el otro coche.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —se ofreció solícitamente—. ¿Ha ocurrido algún accidente? Soy Webster, jefe de Policía de Hamfield Village.

Yarrick no contestó. Sus ojos asombrados estaban Ajos en la figura de un hombre que, con las manos esposadas, se hallaba en el asiento posterior del coche, entre dos agentes de uniforme.

—¡Míster Bennett! —exclamó, en el colmo de los asombros.

Penélope Shatton abrió los ojos. La primera imagen que captó, una vez sus pupilas hubieron recobrado el enfoque correcto, fue la de *Mr. Cross*.

Sentóse en el diván y lanzó un agudo chillido.

—¡Ése es el asesino! ¡Deténganlo, por favor! Mata a sus víctimas y luego las descuartiza. —Miró a Yarrick con ojos extraviados—. Al, detén a ese hombre... ¡Tiene un ahorcado en su cuarto!

Yarrick sonrió comprensivamente. Vertió el té de una tetera sobre una taza, añadió un par de terrones y luego removió la

infusión con una cucharilla.

—Toma un poco de té —dijo en tono alentador—. Te sentará bien, Penny.

—Pero, Al...

—Haz lo que te digo —ordenó él persuasivamente—. Y no temas; *Mr. Cross* no es ningún asesino ni tampoco el verdugo de Inglaterra.

Penélope tomó un par de sorbos de té y luego devolvió la taza.

—No entiendo —murmuró, desconcertada—. Entonces, el hombre ahorcado que vi en su cuarto de trabajo...

—*Mr. Cross* —explicó el joven— construye figuras de cera para algunos de los museos que se dedican a tal especialidad. También prepara figuras humanas para los teatros y el cine; por ejemplo, cuando ha de lanzarse un monigote desde lo alto de un precipicio o cuando es preciso simular una ejecución. Eso es todo, querida.

—¡Dios mío! —exclamó Penélope, terriblemente avergonzada.

—La culpa es, en buena parte, mía —intervino *míster Cross*—. Si trabajo de un modo tan misterioso se debe principalmente a que algunos de mis trucos son secretos y no me gustaría que se hicieran públicos, lo cual, como es lógico, redundaría en una merma de mis ingresos.

—Entonces, las manchas rojas del mandil... —dijo ella débilmente.

—Pintura, *Mrs. Shatton* —contestó el dueño de la casa.

—Oí... oí ruido de sierra...

—Cortaba maderas que formarían el armazón interior de mis maniqués —aclaró *Mr. Cross* sonriendo—. En cuanto al cuchillo, necesitaba realmente ser afilado, aunque no para matarla a usted, por supuesto.

—También le vi con una maleta pesada...

—Traía herramientas de Londres para mi trabajo. Y en lo que se refiere al telegrama —siguió el hombrecillo—, me necesitaban para montar un patíbulo falso en unos estudios de cine. Lo curioso fue que la ejecución ficticia coincidió en la fecha con otra auténtica.

—Me siento desolada —declaró Penélope—. ¡Y yo que pensé de veras que era usted el verdugo, *Mr. Cross*! No sé qué hacer para que me perdone, se lo digo con toda sinceridad.

—Está usted dispensada, *Mrs. Shatton* —contestó *Mr. Cross*—. Ya

le dije que no quería que mis secretos, profesionales fueran divulgados. Debí confiar un poco más en usted, *Mrs. Shatton*, ésta es la verdad.

Yarrick sonrió.

—¿Satisfecha, campeona de las aprensiones? —preguntó.

—Oh, sí, claro. Ahora... todo está explicado.

—Siento que haya pasado tanto miedo por mi culpa, *Mrs. Bennett* —manifestó el dueño de la casa—. No obstante, a última hora, pude darme cuenta de que estaba usted muy nerviosa. Por eso salí de *Steering House* en dirección a *Hamfield Village*; quería comprarle unos calmantes. Y me olvidé, con las prisas, de cerrar la puerta del taller.

—No le hubiese aceptado los calmantes —rió Yarrick—. Habría pensado que eran tabletas de cianuro.

Penélope se sonrojó vivamente.

—Espero que *Mr. Cross* sabrá dispensarme —dijo—. Después de lo ocurrido, tendré que hacer mis maletas y marcharme.

—En absoluto —protestó *Mr. Cross*—. Jamás he tenido un ama de llaves tan eficiente. *Mrs. Shatton*; le subiré el sueldo a seis libras semanales.

—Por poco tiempo, creo —dijo Yarrick, mirando a Penélope—. No sé por qué, pero me parece que antes de unos meses, *Mrs. Shatton* tendrá otro hogar de qué ocuparse.

—¡Oh! —exclamó *Mr. Cross*—. Lo sentiré de veras... Perdón, quise decir que me alegraré mucho de que se casen.

—Pero todavía no he dado yo mi consentimiento —exclamó ella en tono de protesta.

—Ya lo dará, ya lo dará —dijo *Mr. Cross* filosóficamente.

En aquel momento entraron dos hombres en la casa. Eran el sargento *Payne* y *Webster*, el jefe de la policía local.

—Ya hemos hallado el cadáver de *Sheila McCann*.

Estaba enterrado en el sótano de la casa que ocupaba *Mr. Bennett*.

Yarrick miró a la joven.

—*Mr. Bennett* sí es el verdugo y sí es un criminal —explicó—. Ha resultado una endemoniada casualidad que fuese también vecino de *Steering House*.

—Ha dicho —siguió *Payne*— que estuvo buscando por los

alrededores un lugar adecuado para enterrar a su víctima, pero que no lo encontró. Además, temía ser sorprendido y por ello se decidió por el sótano de la casa que ocupaba.

—Entonces —musitó Penélope—, él debe ser el hombre a quien yo divisé bajo los olmos.

—Posiblemente —concordó Yarrick—. Y con poca luz y a tal distancia, no es extraño que lo confundieras con *Mr. Cross*. En compleción-física, aunque no en sus facciones, son bastante parecidos.

Penélope respiró aliviada.

—¡Gracias a Dios! —dijo fervorosamente.

Mr. Bennett supo morir decorosamente cuando le llegó la hora.

Ni un solo músculo de su rostro se movió cuando el director de la prisión de Pentonville le informó de que el ministro del Interior no había creído oportuno acceder al indulto.

—Estoy listo —fue todo lo que dijo.

Mr. Bennett había sido siempre un hombre correcto y educado. Atendió cortésmente al capellán que le confortó en sus últimos momentos y le rogó pidiera perdón al agente Holmes por haberle roto la pierna de un puntapié. El capellán así le prometió hacerlo, después de lo cual, *Mr. Bennett* se sintió muchísimo mejor.

Mr. Bennett caminó hacia el patíbulo sin ayuda de nadie. Sus piernas no temblaron en absoluto cuando el verdugo le indicó el lugar donde debía poner los pies. *Mr. Bennett* era demasiado correcto para hacer chistes macabros a costa de su propia situación y de la de su sustituto. Ni siquiera le llamó «colega», que era lo que a cualquiera otro menos discreto se le hubiese ocurrido en semejantes circunstancias.

Tampoco tembló cuando la soga se ciñó en torno a su garganta ni cuando su cara quedó tapada por el negro capuchón. En aquellos momentos, *Mr. Bennett* estaba pensando en su adorada Clarissa.

Y de pronto la vio...

Clarissa estaba en un prado, surcado por un rumoroso arroyo, que corría entre un césped esmaltado de alegres florecillas. Había muchos árboles, los cuales, al ser agitados por una perfumada brisa, dejaban pasar algunos rayos de un sol que brillaba con radiante esplendor en lo alto del cielo. Los pajarillos saltaban de rama en rama, emitiendo gorjeantes y armoniosos trinos...

Y en medio de aquel cuadro encantador, estaba Clarissa, más hermosa, más bella que nunca, resplandeciente con sus blancas y vaporosas vestiduras, extendiendo hacia él sus brazos apasionados, como en los primeros días de su felicidad.

Mr. Bennett se sintió inundado por una dicha suprema, infinita. Corrió hacia Clarissa, ansiando sentirla de nuevo entre sus brazos. La emoción que sentía al verla de nuevo era tal, que provocó un dulce nudo en su garganta. El nudo le impedía hablar, pero no importaba. Estaba junto a Clarissa para siempre...

Cuando el médico de la prisión, en cumplimiento de sus deberes profesionales, hizo la autopsia de rutina al cadáver del ejecutado, declaró que jamás había visto tanta serenidad en el rostro de un ahorcado.

Algún tiempo después, el inspector Yarrick y su flamante esposa *Penélope*, recibieron un sobre.

El sobre contenía dos invitaciones y una nota. Las irritaciones eran para asistir a una función de teatro, titulada «Días de horror», obra basada en la conocida novela de Charles Dickens «Historia de dos ciudades», en la cual, y como es notorio, un noble inglés se sacrifica y entrega su vida en la guillotina por salvar la del esposo de la mujer a quien ama, ya que la acción transcurre en los azarosos días de la Revolución Francesa.

La nota estaba escrita de puño y letra de *Mr. Cross*. Decía lo siguiente:

«Las recomiendo que asistan a la función. He ideado un truco, mediante el cual la ejecución en la guillotina tiene un realismo sorprendente.

»Con mis más respetuosos saludos,

J. H. Cross».



LA TORRE DEL SILENCIO

Pero tenía la pistola. El era el amo, a pesar de que creyese aquel imbécil que le hablaba con tanta seguridad. Sólo tenía que apretar el gatillo, y aquel cerebro que pensaba demasiado quedaría hecho. El sólo tenía que mover un dedo y...

Lanzó un rugido, al ir a disparar, pero la voz de Frank dijo fríamente:

—No le mates, Percy.

Charles fue a volverse como un rayo, al oír un rugido a su espalda, pero ya fue demasiado tarde. Una de las armaduras se había movido. Una de las viejas armaduras estaba junto a él, como un fantasma de otro tiempo... ¡y en su mano derecha levantaba la maza de hierro!

Ciego de ira, Charles fue a disparar contra el nuevo enemigo, pero éste descargó el golpe. La cabeza del asesino retumbó como una losa. Lanzando un agudo grito retrocedió, mientras sus ojos se nublaban. El golpe no le había matado, pero sí resultaba más que suficiente para dejarle sin sentido. Charles retrocedió. Un gesto de viva alarma se marcó en las facciones de Frank, mientras saltaba hacia él.

—¡Cuidado!

¿Había resucitado un asesino?

¿Se puede volver del Más Allá?

*Usted se hará estas preguntas mientras lee
la obsesionante novela*

LA TORRE DEL SILENCIO

¡Una novela de SILVER KANE!

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a deep blue with a bright, starburst-like light source in the upper left corner. Two women are featured: one in the upper left wearing a red dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger; the other in the lower left, smiling and looking upwards, wearing a white dress with a large green floral pattern. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a dark body and a light-colored label with the text 'BRANDY V.O. VETERANO', 'OSBORNE', 'ESTA PRODUCCIÓN DE 1910', and 'PUERTO DE SANTA MARÍA'. The overall composition is dynamic and colorful.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

Notas

[1] Criminal Investigation Department (Departamento de Investigación Criminal). < <

[2] Abreviatura de public House, nombre con que en Inglaterra suele designarse a las tabernas. < <

[3] Históricos ambos casos. < <

[4] Unas 840 ptas, al cambio oficial. (N. del E.). <<